

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1º Y 15 DE CADA MES

[SUMARIO:]

Carlos Radeck. — El desarrollo del Socialismo. — De la Ciencia a la Acción. (Desarrollo del Socialismo: De la Utopía a la Ciencia. Fracaso de las ilusiones reformistas. En busca del camino hacia el poder).

Nicolás Lenín. — ¿Puede ser igual el explotado y el explotador?

A. Hamon. — Los Consejos de obreros en Inglaterra.

León Trotzky. — De la revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk. (Destino de la Constituyente. Principios de la democracia y dictadura del proletariado).

Un manifiesto del Partido Obrero del Canadá.

Henry Barbusse. — Las cartas de Jacques Sadoul. (Prefacio al libro «Notes sur la Revolution Bolchevique (Octubre 1917-Janvier 1919»).

La obra constructiva en Rusia. — (Instrucciones sobre la organización de los Soviets).

Documentos de la Revolución (Alemania). — La situación del movimiento revolucionario en Alemania. — Rusia. — Todo para la lucha contra Denikin).

Los documentos que se insertan son auténticos

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

Apareció el interesante folleto:

Capitan JACQUES SADOUL

Ex-miembro de la Misión Militar Francesa en Rusia

Dos Cartas a Romain Rolland

Una obra gigantesca cumplida por gigantes

(CARTA DIRIGIDA A JEAN LONGUET)

SUMARIO

Una cuestión personal. — Una intriga. — Deber de informador. — El bandillaje de la Entente. — Las revelaciones de «Spartacus». — Todos contra la Revolución. — El deber de los socialistas. — La situación interna. — Lo que incumbe al proletariado internacional. — El deber del proletariado de la «Entente».

Precio: 10 cts.

A cantidades mayores de cien se hace el 40 o/o de descuento.
Pedidos a José N6, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

El 10 de Febrero aparecerá el tercer folleto:

Nicolás Lenin. — La lucha por el pan.

León Trotzky. — Trabajo, orden y disciplina salvarán la República Socialista.

Precio del ejemplar 0.20 centavos

BIBLIOTECA «DOCUMENTOS DEL PROGRESO»

Nicolás Lenin. — La victoria del Soviet	\$ 0.10
John Reed. — Cómo funciona el Soviet	» 0.10
Jacques Sadoul. — Una obra gigantesca cumplida por gigantes	» 0.10

El desarrollo del Socialismo. De la Ciencia a la Acción

Por CARLOS RADECK

(Este notable trabajo de Carlos Radeck, fué editado por su autor en 1918 en alemán, idioma del cual lo traducimos. Es una exposición magistral de la doctrina socialista, sus «falsificaciones» y su lógica aplicación, en sus términos auténticos, a la revolución rusa. Lo dedicó su autor a Lenin en frases de efusiva admiración, y con motivo de haberse salvado éste del atentado de que fuera objeto por Dora Kaplan).

Desarrollo del Socialismo: De la Utopía a la Ciencia

¿Qué es el comunismo? La contestación a esta pregunta la dió el joven Federico Engels en un esbozo del Manifiesto comunista en el año 1847: *El comunismo es la ciencia que estudia las condiciones de la victoria de la clase trabajadora*. De acuerdo con esta definición, que resume todo el espíritu del socialismo científico, la obra de Marx y Engels consistió en primer término, en descubrir en el desarrollo de la sociedad capitalista el desarrollo de las condiciones de la victoria de la clase obrera para convertirlo en punto de partida de la acción comunista. Así se ha transformado el desarrollo de la utopía en una ciencia.

Los antecesores de Marx y Engels, los socialistas utopistas, realizaron una gran obra en el seno de la sociedad burguesa. El iracundo Fourier, que la flagelaba, le arrancó todas sus envolturas dejándola desnuda. El genial espíritu de ese Fausto que es Saint Simon sabía en pocas palabras alumbrar con la rapidez del rayo épocas enteras de la historia humana; Owen con amor penetrante, profundizó la naturaleza humana y en discursos y escritos demostró su dependencia de la evolución económica. Todos ellos aportaban piedras a la construcción del socialismo científico. Sin ellos, la obra de Marx y de Engels es inconcebible. Los antecesores de Marx, sin embargo, a pesar de la profunda penetración crítica de la sociedad capitalista, no supieron descubrir en ésta las fuerzas sociales que pudieran vencerla. Por eso tenían que desempeñar el papel de la Previsión histórica, elaborar un plan de salvación de la humanidad de las garras del capitalismo, un plan cuyo único defecto estribaba en que faltaba el constructor para levantar hacia el cielo el templo de la humanidad. Marx y Engels demostraron como el desarrollo de las fuerzas de producción bajo el dominio capitalista lleva necesariamente, a la anarquía y a la esclavitud de las masas siempre creciente, y como al mismo tiempo, con la concentración de la industria, con la formación de una fuerte clase trabajadora de espíritu y corazón dominados por el pensamiento de un nuevo orden social y con la voluntad férrea de conquistarlo, crea por sí mismo la base del socialismo. Marx y Engels demostraron al proletariado que su

victoria, la victoria del socialismo, es una necesidad histórica. Al mismo tiempo demostraron, también que esta victoria no caerá como fruto maduro, por ley mecánica, entre la masa de los esclavos y desheredados, dado cierto grado del desarrollo social, sino que ellos necesitan prepararla con el sudor de su frente, con el esfuerzo continuo de su cerebro, luchando día tras día contra la burguesía en todos los campos de la vida social para, al final, alcanzarla en la lucha revolucionaria directa, de clase contra clase. Sólo esta lucha revolucionaria final, que terminará con la dictadura del proletariado sobre las demás clases, llevará a la clase trabajadora a la tierra prometida del socialismo.

La ciencia de Marx y Engels acerca de las condiciones de la victoria del proletariado, la ciencia del comunismo, se mantiene aquí intacta del diente del tiempo, cual una roca de granito.

Los 70 años que nos separan de los días cuando esos hombres geniales vieron el porvenir de la humanidad alumbrado con la resplandeciente luz de la revolución que se aproximaba y nos lo mostraron en el inolvidable Manifiesto comunista, han madurado muchos cambios en la estructura de la sociedad capitalista, cuya interpretación no siempre acertada estuvo a cargo de los sucesores de Marx.

Pero las líneas directrices del desarrollo no cambiaron y hoy solamente en los días de la primera revolución socialista que vive el mundo entendemos integralmente la ciencia del comunismo.

En la primera revolución socialista, en su necesidad férrea, vivimos la afirmación genial de la fuerza profética del espíritu de nuestro maestro. *El comunismo es una ciencia de la revolución y, por eso mismo, puede entenderse en toda su profundidad y amplitud, en la época misma de la revolución*. De aquí ya viene que en el largo período de la evolución pacífica que precedió a la revolución sólo pocos espíritus clarividentes, fueron capaces de comprender la ciencia del comunismo tan amplia y perfectamente como ella nació en la época revolucionaria del capitalismo naciente, en el espíritu de los hijos de aquel tiempo de tormenta y empuje, Carlos Marx y Federico Engels.

En la época de la evolución pacífica se han mezclado a esta ciencia diversos elementos no comunistas y así surgieron, bajo el nombre de ideas social-demócratas varias falsificaciones del comunismo, de las cuales la clase obrera internacional debe separarse para poder estar a la altura de sus objetivos. Es este comunismo agudo y falsificado, en el cual queda extinguido el espíritu de vida, el que dificulta a los obreros europeos comprender e inspirarse en las enseñanzas de la revolución rusa. Por eso aparece como uno de los principales problemas de nuestros días para la lucha libertadora del proletariado, depurar el comunismo de todas las gangas. Esto resultará lo más fácil si conocemos la evolución histórica de cada una de esas falsificaciones del comunismo, si conocemos el suelo del cual surgieron.

Falsificaciones del Comunismo

La ciencia marxista, que fue esbozada en el año 50 del siglo pasado, llegó a difundirse entre las grandes masas populares, solamente en el ochenta de aquel siglo. Cuando en los años 60 y 70 empezó el movimiento obrero alemán, bajo la dirección de Fernando Lasalle, ninguno de los escritos de Marx era conocido todavía por la clase obrera. Nota 1) Bebel relata en sus recuerdos que entre la generación que se asoció en los años 70 al movimiento el Manifiesto comunista era desconocido. De otras fuentes sabemos que la filosofía marxista se hizo popular por la obra de Engels: *Revolución en la ciencia, producida contra Dühring*. Esta obra salió por primera vez en 1878.

Las ideas del comunismo se hicieron familiares entre ellos por intermedio de los folletos fogosos de Lasalle en los cuales, sin embargo, la ciencia del comunismo llevaba un sello particular cuando no estaba falsificada. Fernando Lasalle trataba de poner en movimiento a la clase obrera en un momento en que la época de prosperidad capitalista, había reforzado todos los poderes contrarrevolucionarios en Europa y estaba en posibilidad de resolver todos los grandes problemas de actualidad, entonces a la orden del día.

En Alemania, los «junktors» junto con la gran burguesía socializaban el importantísimo problema de la creación de un estado capitalista unificado. Las fuerzas que en el año 1848 habían tentado crear una república germánica unificada por procedimientos revolucionarios, se mostraron demasiado débiles y lo que ellos eran incapaces de realizar — fundar el estado capitalista como órgano de la burguesía alemana — lo emprendieron la burguesía y los «junktors».

Llegaron a su objetivo creando el edificio reaccionario, burocrata-capitalista del estado federal alemán, en el cual un grupo de grandes capitalistas junto con los «junktors» y los generales, con un Hohenzollern como jefe, dirigían los destinos del estado alemán. Tal era la época cuando Lasalle trataba de formar con la clase obrera una fuerza que al cuando no estuviera capacitada por sí misma para resolver los destinos del pueblo alemán a lo menos tuviese bastante fuerza para imponer a los poderes dominantes concesiones. A este objetivo estrecho se reducía la propaganda comunista llevada por Lasalle entre los obreros. Para poder hacer propaganda bajo la opresión de la época bismarkiana, él trató de comunicar al comunismo el aspecto más inocuo posible. El leoncillo de garras todavía no bastante fuertes para sujetar a sus enemigos, tenía que ser llevado como cordero a la pradera. Lasalle trataba de presentar el comunismo como un movimiento que puede realizarse por vías pacíficas. Por medio del sufragio universal los trabajadores adquirirían influencia en el estado y con la ayuda de éste llegarían a organizar cooperativas de producción, las cuales transformarían la sociedad capitalista en una sociedad socialista.

Esta propaganda difundió en los centros obreros la adoración de la idea del estado, sin distinguir si el estado estaba en manos de los capitalistas o en manos de la clase obrera victoriosa. Aunque este concepto en cuanto se trataba de la actitud a tomarse frente al gobierno de Bismark fue sometido a una dura prueba durante la época de las persecuciones bárbaras de 1878 a 1890; la salvaje opresión de arriba, el enceno contra las organizaciones obreras, fomentó en las filas más avanzadas de la clase obrera un gran odio contra el estado capitalista y alimentó la esperanza, mediante ese odio, de que el estado capitalista pronto se derrumbaría bajo los golpes de la revolución social. Este estado de ánimo de la clase trabajadora era igualmente alimentado por la crisis económica que dominaba en los años 80 en toda Europa.

Pero aquello fue sólo una interrupción en el proceso de falsificación reformista del comunismo el que empezó con la constitución de los grandes estados capitalistas del continente europeo en los años 70. Apenas el movimiento obrero empezó a restablecerse de los golpes, apenas se reforzó algo y desaparecieron las formas más bárbaras de las persecuciones capitalistas, en seguida el proceso de falsificación y de descoloramiento del comunismo tomó mayor incremento. A esto cooperó el rápido desenvolvimiento económico, el período de prosperidad para el capital que se extendió durante la última década del siglo pasado, en

primer lugar en las industrias eléctrica y metalúrgica. Desde los años 80 bajaban los precios de los cereales gracias al desarrollo agrícola del continente americano y los salarios empezaron a subir, merced a la buena marcha de los negocios. Los obreros calificados, la «aristocracia obrera» oían música celestial. Los gobiernos estaban obligados a abandonar la política de persecuciones; empezaron a prometer reformas sociales. Los obreros llegaron a tener en todas partes sus representaciones en los parlamentos; la aristocracia obrera ganaba buenos dividendos y entre ella se arraigaba la convicción que la revolución es una forma superada de la evolución burguesa; que la clase obrera obligaría a la burguesía a hacer siempre nuevas concesiones, las cuales, como el resultado final, transformarían el sistema capitalista de producción en uno que correspondiera a los intereses de la clase obrera.

Esta actitud se reflejó primero en la práctica parlamentaria oportunista, en la política de los jefes obreros en el parlamento, en la esperanza de aquellos de poder levantar cada vez más la situación de la clase obrera por medio de cierto juego político frente a la burguesía, limitando sus reivindicaciones, renunciando a la propaganda revolucionaria. Más tarde esta tendencia encontró su expresión teórica en la ciencia del reformismo (revisionismo), que la fundaron Eduardo Bernstein en Alemania, Sarants y Jaurés en Francia, Beves y Turati en Italia.

Si uno quisiera reducir la ciencia del reformismo de los diversos países a una sola fórmula esta significaría una tentativa para demostrar que la evolución capitalista no abunda las contradicciones entre el proletariado y la clase burguesa, sino al contrario, las allana y por eso, el camino de la liberación del proletariado no lleva a la revolución, sino a la colaboración con los elementos previsores de la burguesía. El reformismo negaba la posibilidad de la revolución socialista que sustituya por la evolución reformista. Era una ciencia contrarrevolucionaria; se esforzaba por presentar la idea de una revolución obrera como la enfermedad de infantes del movimiento obrero, para poder atarse al cargo de los reformistas. Esta tendencia del reformismo encontró su expresión más sobresaliente en una serie de artículos del discípulo de Eduardo Bernstein, de Eduardo David, publicados en el año 1903, en los *Sozialistische Monatshefte*, órgano central del reformismo internacional. El camino que el reformismo señalaba a la clase obrera era el de la acción parlamentaria, de las sociedades gremiales y cooperativas y no el de la revolución.

Fracaso de las ilusiones reformistas

Pero la misma evolución que, como lo creían firmemente los reformistas había dejado atrás la ciencia revolucionaria del comunismo, pronto mostró a los trabajadores todo lo ridículo de las ilusiones reformistas. Los «junktors» se opusieron a la creciente competencia de los jóvenes países agrícolas e hicieron subir por medio de impuestos aduanares los precios de los medios de subsistencia. El desmoronamiento del capitalismo llevó a la formación de trusts y cartels, grandes organizaciones de producción de trusts y cartels, grandes organizaciones de producción de trusts y cartels, éstos exigían también impuestos a los productos de la industria extranjera. Se unieron a los «junktors» para despojar de común acuerdo a los pueblos; al mismo tiempo la creciente «cartelización» de la industria aparejaba un enorme aumento del poder de los capitalistas frente a las organizaciones gremiales obreras. Las sociedades gremiales, que fácilmente imponían su voluntad a los barones de la industria textil con sus dos o trescientos asalariados, resultaban impotentes frente a los «reyes del hierro o del carbón» que mandaban a decenas de miles de obreros. Cuando un obrero de una fábrica textil estaba descontento con su salario, podía encontrar trabajo en otra fábrica. Los barones del hierro y del carbón organizados en «cartels» no reconocían a las organizaciones gremiales, se mantenían firmemente unidos contra toda reivindicación obrera y sabían defenderse contra sus asalariados con la ayuda de las listas negras. El ensañamiento en las relaciones entre los obreros y la burguesía, en la fábrica como en el mercado de consumo, fue aumentando más todavía con la política imperialista la cual amenazaba con transformar la lucha de la industria «cartelizada» en el mercado mundial,

la lucha de mercaderías y capitales, en una guerra sangrienta. El aumento continuo de la carga de impuestos, causado por el creciente militarismo y marinerismo, el incremento del peligro de la guerra cada vez más inminente, los conflictos industriales motivaron por parte de las clases dominantes el recrudescimiento de la hostilidad política hacia la clase trabajadora. Y como se tornaba más fuerte la explotación necesariamente se desarrollaba la legislación represiva. La creciente reacción política servía, a su vez, a las masas obreras como presagio de tormenta y les hizo ver, en todos los países, que no el comunismo revolucionario sino el supuesto reformismo «realista», pertenecía a la utopía y ni siquiera a la utopía que da vuelo a los espíritus, despierta las energías y abreva en sus cuadros del futuro el camino de la humanidad para apresurar a los perezosos, sino al contrario, una utopía que aplasta el vuelo del proletariado y lo transforma en reptil. Después de la gran huelga en la región del Ruhr, las grandes luchas de los electricistas de Berlín, los movimientos tempestuosos de los obreros franceses por la conquista de la jornada de ocho horas desapareció el gran ímpetu de los trabajadores en la evolución pacífica hacia el socialismo.

Vieron claramente como las fuerzas del capitalismo tanto en la vida económica como en la política se concentraban frente al proletariado, vieron cómo los partidos burgueses se fusionaban cada vez más en una sola masa reaccionaria, vieron cómo toda la sociedad burguesa evolucionaba en dirección al abismo de la guerra, vieron cómo frente a esta evolución, el parlamento debía acusar, cada vez más, su impotencia por la razón de que el mismo crecía en todos los países como poder político a favor de los gabinetes secretos en los cuales la burocracia con los grandes peces del capitalismo, resolvían los asuntos vitales del pueblo.

El incendio de la revolución rusa de 1905 hizo ver a las masas de Europa cuántas fuerzas esconde el pueblo trabajador cuando se arrebatada y está listo a arriesgar su personalidad en favor de su causa.

Desde 1905, los problemas de la lucha por el poder, esto es, de la revolución socialista, — los cuales fueron del punto de vista teórico, puestos a la orden del día en la

discusión con el reformismo, (el folleto de Kautsky sobre la revolución social apareció en 1903) — se plantean ante la conciencia de las masas populares.

En busca del camino hacia el poder

Empezaron esfuerzos trabajosos por encontrar salida del callejón cortado por el cual se desvió la evolución capitalista. La primera cuestión planteada ante las masas obreras fue: «¿A dónde nos lleva ese camino?»

A esta cuestión la evolución dió la respuesta más clara y precisa que se pudiera desear. La tentativa de mejorar la situación de la clase obrera por medio de la colaboración con la burguesía fracasó en Francia por completo. La entrada de Millerand en el gobierno burgués no dió nada a la clase obrera, mientras había comprometido a la democracia social ante las masas trabajadoras. El resultado de las elecciones de 1907 en Alemania hizo ver a los trabajadores que los partidos burgueses formaban una muralla de hierro; frente a los trabajadores cuando se trataba del imperialismo, de la explotación de las naciones más débiles por el poder capitalista, de la lucha de competencia por medio de las armas entre los estados capitalistas. Los hechos de la crisis económica del año 1907 hablaban un lenguaje tan transparente, que un reformista tan renombrado como Max Schuppe, tuvo que terminar sus investigaciones sobre la marcha de la crisis económica, comprobando que en todo el mundo se habían agravado las contradicciones de clase. Carlos Kautsky, en su trabajo «El camino hacia el poder», en 1908, hizo el balance de toda la evolución y demostró que la sociedad capitalista evoluciona hacia una formidable crisis socialista mundial, que estamos en vísperas de la revolución socialista. Esta convicción que se apoderaba cada vez más de las primeras filas de la clase obrera, planteaba esta otra cuestión: «¿Con qué medios se defenderá el proletariado en la nueva situación? ¿Con qué medios pasará a la ofensiva contra las fuerzas del capital?» Ya en el 1905 el proletariado en Alemania y en Austria asimiló la idea de la huelga general (Massenstreik).

(Continuado.)

¿Puede ser igual el explotado y el explotador?

Por NICOLAS LENIN

En el libro de Kautsky sobre «La dictadura proletaria» en la página 14 se dice: «Los explotadores han sido siempre una pequeña minoría de la población».

Esto es un hecho innegable, ¿pero qué conclusiones se pueden deducir de esto? Se puede llegar a la conclusión marxista, socialista, y en este caso se debe tomar como base la relación de explotados a explotadores; se puede llegar a la conclusión liberal, burguesa y democrática y entonces basado sobre la relación de mayoría a minoría.

Si se quiere llegar a la conclusión del marxismo, no existe más que un solo proceso lógico de razonamiento: los explotadores forman el estado, y en este estado una democracia no puede funcionar más que como arma de gobierno de la clase explotadora, para tener sujetos a los explotados. Por esto un estado democrático, mientras que existan explotadores que dominan a la mayoría explotada, será una democracia para uso de los explotadores.

Análogamente, un estado de los explotados debe definir completamente del estado de que se habla más arriba; debe ser una democracia para uso de los explotados y actuar como opresión de los explotadores; pero la opresión de una clase significa que esta clase no es igual a las otras, que está fuera del terreno de la «democracia».

Si se concluye en el sentido liberal-burgués, entonces se debe decir: la mayoría decide, la minoría obedece; el desobediente será castigado. En este caso no se puede hacer cuestión de carácter de clase del estado en general, y en

especial modo del estado «democrático puro»; esto sale de los términos de la cuestión, porque la mayoría es mayoría. Una libra de carne es una libra de carne; y es bien conocido el punto de vista del *Shylock de Shakespeare*.

¿Por qué el régimen gubernativo proletario debe tomar una forma que es incompatible con la democracia? (Kautsky, O. C. pag. 21).

Esta pregunta está seguida por la explicación que el proletariado tiene de su parte la mayoría, explicación muy ligera y verbal acompañada con numerosas citas de palabras de Marx y con ejemplos de la Comuna, de París. La conclusión es esta: «Un sistema que está fuertemente basado sobre las masas, no tiene el mínimo motivo para usar de la fuerza contra la democracia. No siempre se puede evitar el uso de la fuerza en los casos en que la fuerza busque de vencer a la democracia. A la fuerza se puede responder sólo con la fuerza. Pero un sistema si sabe vencer tras de las masas, empleará la fuerza sólo para defender, no para destruir la democracia. Sería un acto de suicidio la tentativa de abolir su base más segura; el sufragio universal, la fuente profunda de toda fuerte autoridad moral» (Pág. 22).

Observad: la relación de explotados y explotadores ha desaparecido completamente del razonamiento de Kautsky. Sólo han quedado la mayoría en general, la minoría en ge-

neral, la democracia en general aquella «democracia pura», tan querida por Kausky.

¡Notad que tales cosas se dicen al *discutir la Comuna de París*! Citaremos cuanto dicen Marx y Engels cuando *discuten la Comuna*.

Marx: «Si los trabajadores sustituyen a la dictadura burguesa por su propia dictadura revolucionaria... a fin de aplastar la resistencia de la burguesía... los trabajadores dan al estado una forma revolucionaria».

Engels: «El partido que vence en la revolución estará obligado a sostener su poder con el miedo creado entre los reaccionarios por sus armas. Si la Comuna de París no hubiera usado la autoridad del pueblo armado contra la burguesía, ¿hubiera podido mantenerse en el poder más de un solo día? ¿No estamos, en cambio, en lo justo, nosotros, que le hacemos el cargo de haber hecho de esta autoridad un uso demasiado pequeño?»

Engels dice todavía: «Pues el estado es solamente una institución transitoria que es utilizada en la lucha, en la revolución, para aplastar con la fuerza a los enemigos; por consiguiente es un absurdo puro hablar de un estado del pueblo libre; el proletariado tiene necesidad del estado, para la causa de la libertad y para abatir a sus opositores; pero cuando sea posible hablar de libertad, entonces el estado, como tal, dejará de existir...»

Kausky está tan lejos de Marx y de Engels, como la tierra del cielo, y como el burgués liberal del proletariado revolucionario. La democracia pura, la simple «democracia» de que habla Kausky, es solamente un modo diferente de expresar la concepción del «estado libre del pueblo» o sea un absurdo puro. Kausky, con la salubridad de un ratón de biblioteca, con la inocencia de una niña decente pregunta: ¿Por qué sería necesaria la dictadura, si está la mayoría? Una vez más queremos recurrir para la explicación a Marx y Engels.

«La dictadura es necesaria para vencer la resistencia de la burguesía. «Es necesaria para infundir respeto. «Es necesaria para que el proletariado pueda con la fuerza abatir a sus opositores».

Kausky no comprende estas explicaciones. Enamorado de la democracia «pura», sin ver su carácter burgués, se atiene «constantemente» al punto de vista de la mayoría, porque es mayoría; no tiene necesidad de vencer a la oposición de la minoría; no existe ninguna necesidad de «abatirla» con la fuerza — es solamente necesario rechazar los ataques *accidentales* hechos para derribar a la democracia. Conforme a esta concepción de la democracia «pura», Kausky *sin advertir* comete el mismo error que cometen siempre todos los burgueses demócratas, o sea, piensa que la igualdad formal, enteramente falsa e ilusoria en el régimen capitalista, es una realidad: una cosa de nada!

El explotador y el explotado no pueden ser iguales. Este hecho, aunque disguste a Kausky, forma la sustancia esencial del socialismo.

Otro hecho es esencial: no puede existir una igualdad real hasta que no sea absolutamente imposible a una clase oprimir a otra clase.

Es posible vencer a los explotadores de un solo golpe, con una revuelta armada en el interior, o con un movimiento de las tropas. Pero, salvo casos especiales y raros, excepcionales, la clase explotadora no puede ser destruida de golpe. No es posible confiscar inmediatamente las propiedades de todos los propietarios de tierra y de todos los capitalistas en un gran país. Además, la sola confiscación, siendo una medida jurídica o política, no resuelve de ningún modo la cuestión, porque es necesario *despojar realmente* a los propietarios de la tierra y a los capitalistas, poner a otros en su lugar, sustituirlos con obreros en las administraciones industriales y comerciales. No puede existir igualdad entre los explotadores de una parte — los explotadores que durante generaciones han usurpado gran parte de la propiedad de los bienes comunes y las ventajas y las posibilidades de una vida rica — y los explotados — por otra parte — la gran masa de los explotados que, hasta en las repúblicas burguesas más democráticas, son aún en las repúblicas burguesas más democráticas, son miserablemente maltratados, mantenidos en la ignorancia, dispersados y sin confianza en sí mismos. Los explotadores poseerán grandes, reales ventajas, todavía después de mucho tiempo de la revolución: están en posesión de la moneda,

y la moneda no puede ser abolida inmediatamente; están en posesión de la propiedad mobiliaria de gran valor; tienen relaciones y experiencia organizadora y administrativa, conocen toda suerte de «secretos» administrativos, usos, métodos, medios, posibilidad, poseen su propia educación, están en estrecha relación con el más elevado personal técnico, que vive y piensa como la burguesía, tienen una mayor experiencia de la guerra, y también esta es una cosa privada de importancia.

Si los explotadores son vencidos solamente en un país y esto es naturalmente el curso habitual de los acontecimientos, porque una revolución simultánea en diversos países será una rara excepción — serán siempre más potentes que los explotados, porque las relaciones internacionales de los explotadores están mucho más extendidas. El hecho que una parte de los explotados, el elemento menos evolucionado de los campesinos, de condición media, los artesanos, etc., esté en apatitud y se ponga efectivamente de parte de los explotadores, ha sido comúnmente observado durante las revoluciones. Esto aconteció también durante la Comuna. Entre las tropas versalleses se encontraban también proletarios, hecho que el docto Kausky ha olvidado».

Estando así las cosas, es absurdo decir que en una revolución que presenta un carácter determinado y radical, la relación entre la mayoría y minoría puede ser un factor decisivo. La historia ha proporcionado la prueba que en toda revolución digna de este nombre, la nueva clase dominante ajusta las cuentas a la oposición continua, egoísta y furiosa de la clase vencida, la cual durante un buen número de años conserva, en comparación con la nueva clase, una posición de privilegio. Solamente un liberal lleno de prejuicios, solamente un momento imaginar que la clase explotadora respetará la decisión de la mayoría explotada, antes que ésta haya probado su superioridad en una última furiosa lucha.

El pasaje del capitalismo al comunismo llena un período histórico completo. Durante todo este período los explotadores no cesará jamás de esperar la restauración de las condiciones anteriores, y esta *esperanza* encuentra una expresión concreta en las *tentativas* de restaurar las condiciones preexistentes. Después de la primera sería derrota, los explotadores derrotados, que ciertamente no han anticipado la derrota, no creerán, no *osarán* jamás creer en la posibilidad de que el pasaje ha sido definitivamente realizado; se arrojarán con fuerzas diez veces mayores, en una furia de odio y de rabia, en la lucha para reconquistar su perdido «paraíso», para defender sus familias que gozaron los más dulces frutos de la existencia, y que ahora por la «revuelta» han sido reducidas a la pobreza y obligadas al trabajo «común»... Detrás de los explotadores se coloca la gran masa de la pequeña burguesía, que como han demostrado años de experiencia histórica en cada país, ondea y oscila presa por el pánico, cuando el proletariado incurre en una primera o en una parcial derrota. Ella, muy nerviosa, corre presa del terror, de uno a otro campo, como hicieron nuestros mencheviques y socialistas revolucionarios.

Hablar de mayorías y minorías, de democracia pura, de la no necesidad de la dictadura, de la igualdad de explotadores y explotados hoy, que una guerra furiosa ha puesto en cuestión la existencia de privilegios de centenares y millares de años, es síntoma de pequeñez mental y de conservatismo!

Decenas de años de un período relativamente pacífico del capitalismo, de 1871 al 1914, hicieron que los partidos socialistas fueran cayendo en el oportunismo, en las cuadras de Augia del conservatismo, en el estrechez mental, en la traición...

El lector habrá sin duda observado, que en el pasaje de su libro relativo al sufragio universal, Kausky habla de éste como de la fuente profunda de una fuerte autoridad moral; que por otra parte Engels, cuando se refiere a la Comuna de París, y discute la cuestión de la dictadura, habla de la autoridad de un pueblo armado, entre la autoridad de un burgués y la de un revolucionario se debe elegir...

Es necesario indicar que la cuestión de privar a la clase explotadora de sus derechos electorales es una cuestión

puramente rusa, no una cuestión vital y necesariamente ligada con los principios de la dictadura del proletariado. Si Kausky hubiera dado a este libro el título «Contra los bolshéviks», este título habría correspondido a la substancia del libro y le hubiera cabido hablar como lo hace, del derecho electoral. Pero Kausky desea ante todo aparecer como un «teórico», y llamó a su libro *general*: «La Dictadura del Proletariado». Discute los Soviets y habla de Rusia como de un problema separado, sólo en la segunda parte del libro, al comienzo del capítulo sexto. La primera parte, de la cual yo he tomado la cita, trata de la *democracia y de la dictadura en general*. Cuando comienza a hablar del derecho de sufragio, ataca específicamente a los bolshéviks y abandona completamente su posición de teórico. Discutida a la luz de la teoría, teniendo respeto a las relaciones que existen entre dictadura y democracia en general, sin aplicación a ninguna nación en particular, la cuestión no se limita a la necesidad de «sufragio o no sufragio», sino que se limita a la necesidad de salvar la democracia para los ricos y los explotadores, durante aquel período histórico en que se está combatiendo a los explotadores y a su estado viene a sustituir el estado de los explotados.

Solamente en estos términos la cuestión puede ser tratada teóricamente desde un punto de vista abstracto.

Nosotros conocemos el ejemplo de la Comuna; sabemos lo que han dicho los fundadores del marxismo a su respecto y basándonos sobre ella. Fundándonos sobre este respecto yo he estudiado la cuestión de la democracia y de la dictadura en mi libro «El Estado y la Revolución», que fue escrito antes de la Revolución de Octubre. Yo no *dediqué ni siquiera una palabra* a la cuestión de las limitaciones del derecho electoral. Pero aquí se puede decir que la cuestión de una limitación de este derecho es particularmente una cuestión nacional, y no es una cuestión que envuelva la de la dictadura proletaria. Es necesario estudiar el problema de los límites puestos al derecho del sufragio cuando se estudian las *premisas particulares*, de la revolución rusa, el *método particular de su desarrollo*. Sería un error establecer anticipadamente, en absoluto que todas o la mayor parte de las futuras revoluciones proletarias de Europa, otorgarán un sufragio limitado a la bur-

guesía. Puede ser que así acontezca. Pero *esto no es necesario* para reforzar la dictadura proletaria, no es un modo *absolutamente* característico de la concepción lógica de tal dictadura, no es una *premisa* imprescindible para la concepción histórica y clásica de la dictadura.

La concepción que sustenta y que constituye la premisa absoluta de esta dictadura es la *lucha con la fuerza* contra los explotadores como clase, echando al *olvido* todo lo relativo a esta *clase*, la «democracia pura» o sea la igualdad y la libertad.

Solamente de este punto de vista se puede tratar teóricamente la cuestión. Kausky, no habiendo discutido la cuestión en esa forma, ha demostrado estar contra los bolshéviks, no como teórico, sino como oportunista y burgués. En qué país y bajo qué peculiares condiciones nacionales de este o aquel capitalismo, podría ser usada esta o aquella limitación, de manera exclusiva o general, si, estando en cuestión los explotadores, se puede hablar de violación de la democracia; es una cuestión de importancia nacional, propia de este o aquel capitalismo, de esta o aquella revolución.

Teóricamente la cosa se reduce a la pregunta: ¿es posible la dictadura del proletariado *sin violar la democracia* en daño de la clase de los explotadores?

Kausky ha omitido expresamente esta pregunta que del punto de vista teórico es la única importante y esencial. Kausky ha llevado adelante toda suerte de citas de palabras de Marx y de Engels, *pero no aquellas* que se refieren al caso en cuestión y que yo he trascrito.

Kausky ha discutido las cosas que a él le conviene, usando como premisas aquellos hechos que pueden ser aceptados sin calificación por los liberales y por los burgueses demócratas, porque éstos no traspasan la esfera de su pensamiento. Pero él ha olvidado completamente el sujeto principal, el hecho fundamental que el proletariado no puede vencer *sin destruir la oposición* de la burguesía, *sin vencer con la fuerza a aquellos que se le oponen*. Y donde se *combate con la fuerza* no hay «libertad», y tampoco puede existir democracia.

(Del libro «La Revolución Proletaria y el renegado Kausky»).

Los Consejos de Obreros en Inglaterra

(Este interesantísimo trabajo se ocupa detalladamente de una de las características más sobresalientes y notables del movimiento proletario inglés, que está sufriendo transformaciones muy profundas desde el comienzo de la guerra. Por él se ve cómo la evolución hacia el gobierno de los consejos de obreros ha salvado las fronteras rusas y tiende a generalizarse en el mundo).

Para comprender enteramente el valor y el significado de los nuevos aspectos que viene asumiendo la lucha de clases en la Gran Bretaña, es necesario considerar las condiciones especiales por las cuales atravesó la clase trabajadora durante la guerra a raíz de la acción gubernativa y de la actitud de los jefes de las grandes organizaciones de oficinas.

Aceptando el mito de la «guerra de defensas» los dirigentes oficiales de las Trade Unions asintieron a la suspensión de las leyes protectoras del trabajo, de la libertad sindical y de las huelgas. La lucha de clases debía ceder su lugar a la cooperación de clases. Este era el espíritu de las disposiciones emanadas del gobierno de coalición para garantizar la continuidad de la producción bélica, que culminaron en la *Munitions Act* (ley sobre la producción de proyectiles), y en la *Defense of Realm Act* (ley acerca de la defensa del Reino) y en conformidad con las cuales los dirigentes de las grandes organizaciones profesionales de oficio en los congresos de 1917 y 1918 aceptaron como base de su programa la *Relación Whitley*, que proyectó una obra de colaboración de clase a hacerse efectiva a tra-

ves de un sistema de comités mixtos de obreros e industriales, hasta llegar a un supremo Consejo Nacional.

Combatido por el gobierno y desconcertada por los dirigentes la lucha de clases continuó desarrollándose también durante los años de guerra. Las huelgas se llevaron a cabo lo mismo, particularmente por los mineros de Gales meridional, y los obreros de las oficinas navales de Clyde (Escocia); se entiende que privados de la ayuda de las organizaciones oficiales, los obreros se vieron obligados a dar vida a nuevas formas de asociación, aptas para satisfacer las nuevas necesidades. Con la firma del armisticio las agitaciones y huelgas se extendieron imprevisiblemente a toda la Gran Bretaña, asumiendo formas nuevas para el proletariado inglés, encabezados por los organismos de tiempo de guerra, en contacto directo con la masa viviente descontenta de los obreros.

El 3 de Enero de 1919 se amotinaron, o mejor dicho, se declararon insubordinadamente en huelga los soldados concentrados en Folkestone. Eran cerca de 10.000; se negaron a embarcarse para el continente, manifestando claramente sus deseos de ser desmovilizados inmediatamente. Con un orden y una disciplina maravillosa ocuparon el puerto y dejaron partir únicamente a los transportes australianos y canadienses. Los oficiales que quisieron oponerse al movimiento, fueron bien pronto reducidos a la impotencia. Desde Londres se enviaron contra los rebeldes a otros soldados lo que fue de un efecto contrario al que se perseguía. Se iniciaron negociaciones y por consiguiente, se formaron de una parte y de la otra «Consejos de soldados», que los generales estuvieron obligados a reconocer, prome-

tiendo satisfacer los deseos de sus hombres, o sea la desmovilización inmediata de todos los soldados en posibilidad de conseguir una ocupación inmediata; una semana de licencia a los demás a fin de poder hallarla, y negativa de partir para Rusia o Salónica. Aceptadas estas condiciones los generales invitan a los soldados a entrar en los cuarteles y esperar que se cumplan todas las prácticas de la desmovilización, pero los soldados se niegan; quieren ellos personalmente ocuparse de todas esas prácticas y eligen un centenar de empleados; en 24 horas todos los documentos son regularmente compilados y despachados.

Hechos semejantes acontecieron en Douvres, Shortlands, Sydenham, Aldershot, Chatham, Bristol y en otros campos de concentración militar; sobre todo, merece señalarse la constitución de los Comités de los Soldados, creados en todas partes a iniciativa de los obreros sindicados. ¿No existía en el ejército inglés un porcentaje de 80 o 90 por ciento de organizados, empleados y obreros? Es natural que el espíritu de solidaridad y de asociación no debía ser en ellos menor durante la guerra. Así se explica la existencia de Trade Unions, o sea de organizaciones de resistencia entre soldados, las cuales desde el comienzo de la guerra se extendieron clandestinamente a todas las fuerzas armadas.

Otros movimientos, presentando los mismos caracteres, se efectuaron en el campo civil. Tal la huelga de los constructores navales de Belfast y de Clyde, que se prolongó durante tres semanas. La vida ordinaria estuvo completamente detenida, y de la alimentación de la ciudad se ocuparon exclusivamente los Comités de obreros.

En Clyde, los huelguistas no solo pedían la semana de 40 horas, sino que deseaban modificar la estructura íntima del tradeunionismo. La huelga no fue sostenida oficialmente por los sindicatos y por sus secretarías; surgió espontáneamente de la masa obrera de carpinteros, caldereros, etc. El movimiento fue dirigido por los *Shop Stewards* o sea los «Comisarios de reparto» y en toda la región se organizaron comités de oficina y se nombraron comisarios de reparto. La reunión de estos comisarios forman los consejos locales, y los consejos superiores de mandamientos. Sumándose a este organismo federativo en forma general figura un «Comité Central Mixto», compuesto por representantes del congreso de las trade-unions, de comités de comisarios de reparto, como se ve, antiguas y nuevas organizaciones, fraternizan y obran de acuerdo, tratando de actuar prácticamente sobre la base de una acción directa.

Los jefes oficiales del tradeunionismo ortodoxo repararon el movimiento, calificándolo de bolsheviki; en las manifestaciones públicas era izada la bandera roja. En el mes de Febrero comenzaron los conflictos y las persecuciones. El movimiento pareció en su iniciación extenderse pero luego los trabajadores de Clyde debieron ceder por falta de fondos, que le negaban sus organizaciones oficiales. Reanudando el trabajo declararon que se preparaban para el día en que, perfeccionada la organización sobre una base nacional, estuvieran en posición de realizar sus deseos mediante una lucha general nacional, oficialmente reconocida por las federaciones.

Por ahora el movimiento es todavía confuso. También en Londres 15.000 obreros del puerto debieron ceder por que los sindicatos les negaron los medios de resistencia. Y así en otros lugares. Las huelgas nacen esporádicamente duran poco tiempo y cesan sin que los obreros logren colmar sus anhelos. Mirando el exterior de las cosas, parece que el proletariado corriera de derrota en derrota; tiene en su contra las fuerzas de los patronos y del gobierno y la mala voluntad de los funcionarios sindicales, adversarios de todo movimiento no decretado por ellos. Pero bien mirado, se reconoce que estas huelgas son el indicio de un nuevo estado de las cosas en los ambientes obreros. Se ha perdido la confianza en las soluciones de los conflictos de clases por vía parlamentaria y se ha perdido también la confianza en los funcionarios, en la burocracia de los sindicatos.

Se piensa en la acción directa como el medio más válido para satisfacer los propios objetivos; se piensa que es mejor ocuparse directamente de los propios asuntos que encargarlos a otros.

Estas nuevas condiciones y este nuevo estado de ánimo

favorecieron el desarrollo del movimiento de los comisarios de reparto (*shop stewards*). Antes de la guerra existían aquí y allá comisarios de reparto. Elegidos por los obreros de una misma oficina, sus funciones eran infinitas: ocuparse de los obreros que retornaban y conducirlos a las filas del sindicato; percibir las cuotas sindicales; convocar las asambleas obreras; fijar de acuerdo con los directores de la oficina, el precio de las piezas de trabajo; vigilar la aplicación de las reglas sindicales y señalar a los sindicatos las infracciones. Se habían también formado Consejos de Comisarios, pero sin función determinada. El movimiento era embrionario; las condiciones creadas por la guerra debían comunicar una aceleración considerable y conducirle en pocos años a la realización de lo que habría exigido, en tiempo de paz, varios años de lucha.

Las disposiciones gubernativas de la ley sobre la producción bélica y la defensa del reino, que suprimían las libertades sindicales y el derecho de huelga produjeron una descomposición en el mecanismo oficial de las federaciones. Los funcionarios sindicales no pudieron iniciar ninguna acción; se exponían a las represalias del gobierno. Al mismo tiempo se planearon una campaña de cuestiones que reclamaban una solución urgente: cuestiones relativas a nuevos procesos de elaboración del trabajo por parte de cada obrero, etc. Las cuestiones variaban, además, de oficina a oficina y solamente con el sistema de comisarios elegidos por los obreros mismos, podían ser resueltas sin que existieran demasiadas dificultades graves con los patronos. Entonces los comisarios se multiplicaron; su importancia creció. De este modo las disposiciones gubernativas anti-liberales obligaron a los obreros a cambiar de táctica y a convertir la organización en algo más democrático.

El movimiento adquirió en breve un carácter general y se establecieron relaciones entre los organismos surgidos con carácter local. Actualmente la organización está conformada del siguiente modo:

En cada reparto los obreros de todo género de elaboración forman los comisarios. Estos se reúnen en una comisión de oficina. Si en una misma empresa industrial existen varias oficinas, se nombran también diversas comisiones. Cada comisión tiene un secretario general, un cajero y un jefe de convocatoria. Para estos cargos son elegibles tanto los hombres como las mujeres. Los designados de esta manera se reúnen en toda ciudad o mandamiento, para formar el consejo local de los comisarios obreros de oficina. Todo consejo local elige delegados cuyo conjunto forma un consejo nacional de los delegados obreros de oficina.

La base de esta organización no es el oficio, sino la oficina. El trabajo hecho en común en la misma oficina y en el mismo reparto, aún siendo de diferente naturaleza, une a los hombres más que el mismo trabajo realizado en oficinas y en industrias diferentes. El organismo arranca del individuo obrero para llegar, al través del camino de sucesivas agrupaciones, a un órgano nacional, que abraza a todos los obreros de todas las industrias de la nación. Por obreros se entienden, también, los empleados de oficina, los ingenieros, los jefes de servicio, los técnicos y los estibadores.

Los principios sobre los cuales reposa esta organización son: representación directa de los obreros, de las oficinas y de las industrias en las diversas comisiones.—Controlar por parte de los obreros de toda la acción de la organización.—Acción directa para obtener la realización de los deseos de los obreros.

Los propósitos que persiguen son: ejercicio de un mayor control sobre las condiciones de las oficinas bajo el punto de vista del trabajo, de la higiene, etc.; regular las condiciones del empleo de los obreros; organización sobre una base de clase, de la lucha hasta el completo triunfo de los intereses proletarios.

El organismo funciona del siguiente modo: Los convocadores llaman las asambleas y los consejos de oficina; el secretario general tiene la lista de los trabajos a destajo y de sus condiciones, conserva los pactos de los concordatos firmados, recoge las informaciones profesionales, etc. Los comisarios de reparto tienen la obligación de interrogar a todo nuevo obrero, si éste no está organizado, se le advierte inmediatamente al convocador de oficina, que es

quien recibe las quejas de cualquier obrero. Si la cuestión es de pequeña importancia es tratada por el jefe de reparto; si no se llega a un acuerdo se reúne la comisión de fábrica que examina los reclamos y si es del caso, designa una diputación para tratar con la dirección de la fábrica. La diputación debe obrar siempre de acuerdo, a las instrucciones de la comisión. Las decisiones obtenidas de esta manera deben siempre ser sometidas a los obreros, que confieren mandato a los delegados para que las acepten o rechacen. La explicación de estas funciones obliga a los diferentes delegados a abandonar durante cierto tiempo el trabajo, estas horas son pagadas por los otros obreros. Como se ve, el poder ejecutivo no reside ni en las comisiones, ni en los secretarías ni en los convocadores, sino en la masa de los obreros que deben otorgar a sus elegidos en cada caso, un mandato explícito.

Esta organización ha llegado a un grado de desarrollo tal que permite prever que se extenderá a todo el proletariado inglés. Surgida en las industrias metalúrgicas, se ha difundido luego en las textiles, etc. Su esencia es el principio federal. Se opone al sistema tradicional de los sindicatos de oficio y a las federaciones industriales, que tienen tendencias demasiado centralizadoras y burocráticas, y tienden a hacer pasar el poder, de manos de las masas proletarias a las de los funcionarios de los sindicatos. Luego éstos se burocratizan, cesan de ser obreros y se adaptan a vivir en ambientes diferentes al de las oficinas y laboratorios. Dejan de tomar parte activa en la vida obrera y consiguientemente de concebir y conocer sus necesidades; se alejan de los obreros, mientras los comisarios de reparto, de oficina y de industria quedan siendo obreros y continúan viviendo entre obreros.

En Inglaterra, este movimiento de los «Consejos de obreros» es importante, pues algunos consejos publican folletos de propaganda, periódicos mensuales y semanales, que defienden con calor. Todos los protagonistas del movimiento son contrarios al reconocimiento oficial de los consejos por parte de los sindicatos, porque creen que ello limitaría su libertad de acción. Se proponen, en cambio, transformar gradualmente el sistema de los sindicatos de oficio, fundiéndose con ellos, de manera de reunir a todos los asalariados en una grande y única organización sindical. La organización de oficina se convertiría, entonces, en la base de toda la estructura industrial. Todos los adheridos al movimiento tienen como mira el control, siempre mayor, de los obreros sobre la industria para llegar al fin último; la demolición del capitalismo.

Una pequeña minoría es bien consciente de la revolución que se inicia de este modo. La organización obrera

se edifica sobre la base no ya del instrumento usado por el obrero, sino del producto de su trabajo. Se atenúa así el antagonismo entre las diversas categorías de obreros de una misma industria. Todos los asalariados de una oficina, del director al peón que limpia, de los ingenieros a los empleados de oficina y a los obreros especializados, se encuentran unidos por la solidaridad en el trabajo a fin de ofrecer a los consumidores productos buenos y bellos, y también se encuentran unidos por intereses comunes, mucho más fuertes de cuantos intereses puedan derivarse de la diferenciación de su trabajo.

Atomizados de este movimiento de los «Consejos de obreros» algunos dirigentes y hasta obreros organizados, han atribuido su origen y desarrollo a los «agitadores irresponsables», o sea a los agitadores sin mandato, que avivan las malas pasiones de la muchedumbre. Error completo y absoluto. El movimiento ha brotado del fondo mismo de las masas proletarias, favorecido naturalmente, por los más ardientes militantes obreros, por los más jóvenes y entusiastas. Choca la oposición de los funcionarios sindicales que lo tachan de anárquico; otros ven en él una tentativa de subvertir la «autoridad establecida»; otros, en fin, pretenden que entraña el fin del movimiento sindical. Lo cierto es que la anarquía de este movimiento no pasa de la contenida en las ideas de libertad y de auto-gobierno; el principio sindical es llevado a su mayor desarrollo, porque la gestión de los asuntos tiende a realizarse por el conjunto de los organizados.

Esta oposición explica la actitud de las Tradeunions frente a las huelgas recientes y explica igualmente, la posición de los patronos. Estos anteriormente eran contrarios al contrato colectivo y al reconocimiento de los sindicatos, preferían tratar con los obreros; hoy en cambio, no reconocen más que a los sindicatos y no quieren en ninguna forma tratar con los obreros. Esperan neutralizar el espíritu revolucionario naciente en las masas con el espíritu burocrático que reina entre los dirigentes de las Trade Unions.

Los patronos tratan de impedir el incremento del movimiento de los consejos de obreros, el cual les parece bastante peligroso para la sociedad capitalista. Cuentan, a este objeto, con el apoyo del gobierno, tanto más que el nuevo movimiento no es únicamente corporativo, sino también de tendencias políticas, pues uno de los medios para la realización de sus fines radica en la huelga general y la conquista revolucionaria del poder. En esta perspectiva se ve, cómo ha cambiado, bajo la influencia de la guerra, la mentalidad del proletariado inglés.

A. HAMON.

LEON TROTZKI

De la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk

El destino de la Constituyente

Cuando después de la aventura de Korniloff, los partidos dominantes de los Soviets hicieron la tentativa de poner remedio a su incuria frente a la burguesía contrarrevolucionaria, solicitaron la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Kerensky, a quien los Soviets le salvaron del abrazo íntimo de su Korniloff, fue constreñido a hacer algunas concesiones. La convocatoria de la Asamblea Constituyente se fijó para fines de Noviembre. En aquella época las condiciones eran tales que no se podía tener garantías de que la Constituyente sería realmente convocada. En el frente se estaba realizando un profundo proceso de descomposición; las deserciones crecían diariamente, las

masas de soldados amenazaban abandonar, en regimientos y cuerpos enteros, las trincheras y retirarse al interior del país, destruyendo todo por el camino. En la campaña la expropiación de la tierra y de los latifundios se realizaba con extraordinaria vehemencia. Algunos distritos habían sido colocados en estado de guerra. Los alemanes continuaban su ofensiva, apoderándose de Riga y amenazaban a Petrogrado. El ala derecha de la burguesía no ocultaba su regocijo al conocer el peligro que amenazaba a la capital revolucionaria. En Petrogrado se evacuaron las oficinas gubernativas y el gobierno de Kerensky se disponía a trasladarse a Moscú. Todo esto hacía no sólo problemática, sino poco probable la convocatoria de la Constituyente. De este punto de vista los acontecimientos de Octubre

fueron una salvación, tanto para la Constituyente, como para la revolución. Nosotros éramos perfectamente sinceros, cuando decíamos que el camino para la Asamblea Constituyente no pasaba a través del Parlamento Preliminar de Tzeretelli, sino a través de la conquista del poder por los Soviets.

La prórroga indefinida de la Asamblea Constituyente no se había hecho sin dejar rastros de ella. Generada en los primeros días de la revolución, la Constituyente vino a luz solamente después de ocho o nueve meses de larga y encarnizada lucha entre las clases y entre los partidos. Llegó demasiado tarde, para gozar todavía de la posibilidad de desplegar una acción productiva. Su íntima insuficiencia fue determinada por un hecho que podía aparecer insignificante al principio, pero que posteriormente cobró una enorme importancia sobre el destino de la Constituyente.

El partido numéricamente más importante en su primera faz era el partido de los social-revolucionarios. Ya hemos hablado de su amorfismo y de su multicolor constitución social. La revolución condujo inevitablemente a una diferenciación interna en todas las filas de los social-revolucionarios, que se agrupaban bajo la común bandera de los narodniki. Diariamente el ala izquierda iba separándose siempre más; guiaba a una parte de los obreros y a los amplios estratos de la clase de los campesinos pobres. Esta ala izquierda vino a encontrarse en oposición irreconciliable con los jefes pequeños-burgueses y medios-burgueses del partido de los social-revolucionarios. La inercia de la organización y de las tradiciones del partido retardaba la inevitable evolución. El sistema electoral proporcional se funda, como es notorio, enteramente sobre las listas de los partidos. Como estas listas habían sido hechas dos o tres meses antes de los acontecimientos de Octubre y desde entonces no habían sido modificadas, sucedía que tanto los social-revolucionarios de la izquierda, como los de la derecha figuraban indistintamente bajo la bandera del mismo partido. De este modo, en la época de la revolución de Octubre, o sea en una época en que los social-revolucionarios de la derecha detentan a los de la izquierda, y los de la izquierda se unían a los bolsheviks para derribar al social-revolucionario Kerensky, en aquella época estaban todavía en vigor las antiguas listas, y las masas de los campesinos se veían obligadas en las elecciones para la Constituyente, a votar a base de listas encabezadas con el nombre de Kerensky, y seguido por los nombres de los social-revolucionarios de la izquierda, que habían tomado parte en la conjuración *contra* Kerensky.

Si en los meses, que precedieron a los acontecimientos de Octubre, fué una época en que las masas acudían hacia la izquierda y en que afluían los obreros soldados y campesinos a las filas bolsheviks, en el seno del partido de los social-revolucionarios este proceso se manifestó en el sentido de reforzar el ala izquierda en detrimento de la derecha. Con todo, en las listas del partido de los social-revolucionarios continuaban dominando en sus tres cuartas partes los antiguos hombres del ala derecha: todas esas sonas que en el periodo de la coalición con la burguesía liberal, perdieron completamente su prestigio revolucionario.

Agréguese a esto, que las elecciones mismas tuvieron lugar en las primeras semanas después de la revolución de Octubre. La noticia de los cambios realizados, se difundió relativamente, con lentitud en círculos concéntricos, de la capital a la provincia y de la ciudad a las aldeas. En muchos lugares las masas de los campesinos lograban comprender muy poco lo que acontecía en Petrogrado y en Moscú. Votaban por la fórmula «Tierra y Libertad» y por sus representantes en los comités rurales, que por otra parte, militaban bajo la bandera de los narodniki; pero con todo votaban por Kerensky y por Avxentief, que no obstante esos comités y hacían detener a sus miembros. El resultado final fué aquella inverosímil paradoja, que uno de los dos partidos que hicieron disolver la Constituyente, es decir, de los social-revolucionarios de la izquierda, a través de las listas comunes, pasó al mismo lugar que el partido, que había obtenido la mayoría a la Constituyente. En realidad, este estado de cosas demuestra claramente en qué medida la Constituyente permaneció detrás del desarrollo de la lucha política y de las agrupaciones de los partidos.

Queda por examinar ahora la cuestión del punto de vista de los principios.

Principios de la democracia y dictadura del proletariado

En nuestra calidad de marxistas, nunca hemos sido idólatras de la democracia formal. En la sociedad de clases las instituciones democráticas no sólo no suprimen la lucha de clases, sino que dan a los intereses de clases una expresión sumamente imperfecta. Las clases dominantes continúan teniendo a su disposición innumerables medios, para falsificar, disuadir y violentar la voluntad de las masas populares trabajadoras. Aparatos aún más imperfectos para expresar la lucha de clases en la confusión de la revolución, son las instituciones de la democracia. Marx dijo que la revolución es la «locomotora de la historia». Gracias a la lucha abierta y directa para conquistar el poder gubernativo las clases trabajadoras acumulan en el menor tiempo posible una cantidad de experiencia política, y en su evolución pasan rápidamente de un grado a otro. El lento mecanismo de las instituciones democráticas puede tanto menos seguir esta evolución, cuanto más grande es el país y cuanto más imperfecto es su aparato técnico.

En la Asamblea Constituyente obtuvieron la mayoría los social-revolucionarios de la derecha. Conforme al mecanismo parlamentario le correspondía a ellos el poder gubernativo. Pero durante todos los meses que precedieron a los acontecimientos de Octubre, el partido social-revolucionario de la derecha se había hallado en la posibilidad de tomar en sus manos el poder gubernativo. Con todo esto, aquel partido se sustituyó al gobierno, exiliando su parte de león a la burguesía liberal en el proceso instantáneo que la descomposición numérica de la Constituyente lo obligaba formalmente a formar gabinete, perdiendo por este hecho el último resto de consideración que le había quedado en las fracciones revolucionarias del pueblo.

La clase obrera y, junto con ella la Guardia Roja eran profundamente hostil al partido de los social-revolucionarios de la derecha. La aplastante mayoría del ejército apoyaba a los bolsheviks. Los elementos revolucionarios en la campaña dividían sus simpatías entre los social-revolucionarios de la izquierda y los bolsheviks. Los marineros que en los acontecimientos de la revolución habían tenido una participación importante, seguían así exclusivamente a nuestro partido. Los social-revolucionarios de la derecha estaban obligados a salir de aquellos Soviets, que en Octubre, o sea frente a la convocatoria de la Constituyente, se habían aferrado al poder. ¿Sobre quién podía basarse un ministerio, compuesto de elementos pertenecientes a la mayoría de la Constituyente? Detrás de los social-revolucionarios de la derecha se encontrarían las cimas de la población rural, de los intelectuales y de los empleados; la derecha hubiera encontrado entre tanto un apoyo por parte de la burguesía. Semejante gobierno hubiera carecido del aparato gubernativo material. En los puntos de concentración de la vida política, como Petrogrado, semejante gobierno tropiezaría a los primeros pasos, con obstáculos insuperables. Si los Soviets, ajados a la fuerza formal de las instituciones democráticas, hubieran dejado el gobierno al partido de Kerensky y de Cernoff, tal gobierno comprometido e impotente, habría durado algún tiempo, llevado únicamente la confusión a la vida política, para luego ser derribado, después de algunas semanas, por una nueva insurrección. Los Soviets decidieron reducir a un *mínimum* este lento experimento histórico, y disolvieron la Asamblea Constituyente el mismo día que se había reunido.

Este hecho provocó las más graves acusaciones contra nuestro partido. La disolución de la Asamblea Constituyente produjo indudablemente una impresión desfavorable, también en los círculos dirigentes de los partidos socialistas de la Europa Occidental. En este acto, políticamente necesario e inevitable, se vislumbraba un partidismo arbitrario, una especie de tiranía. Con su peculiar pedantería, Kausky explicó en una serie de artículos la correlación entre los propósitos socialistas-revolucionarios del proletariado y el régimen de la democracia política. Demostró que al fin, es siempre útil para la clase trabajadora conservar las bases de un edificio democrático. Lo que, como máxima, es naturalmente justo, Kausky, no obstante, de

gradaba esta verdad histórica hasta hacer de ella una banalidad profesional. Si al fin es ventajoso para el proletariado confinar la lucha de clases y hasta su dictadura al ámbito de las instituciones democráticas, esto no significa de ninguna manera que la historia haga siempre posible al proletariado una combinación semejante. La teoría marxista no enseña que la historia cree siempre condiciones que sean «siempre más favorables» para el proletariado. Actualmente no se puede decir la marcha que habría tomado la revolución, si en su segundo o tercer mes se hubiese convocada la Asamblea Constituyente. Es muy probable que los partidos de los social-revolucionarios y de los menchevicks, que entonces dominaban, se habrían comprometido tanto ellos y la Constituyente, a los ojos de las clases activas que sostenían los Soviets, como a los ojos de las más retrogradadas masas democráticas, que depositaban sus esperanzas — y esto se hubiera visto bien pronto — no ya en los Soviets, sino en la Constituyente.

En tales condiciones la disolución de la Constituyente hubiera podido llevar a nuevas elecciones, en las cuales el partido del ala izquierda podía haber demostrado tener la mayoría. Los acontecimientos tomaron otro camino. Las elecciones para la Asamblea Constituyente, Es muy probable que los partidos de los social-revolucionarios y de los menchevicks, que entonces dominaban, se habrían comprometido tanto ellos y la Constituyente, a los ojos de las clases activas que sostenían los Soviets, como a los ojos de las más retrogradadas masas democráticas, que depositaban sus esperanzas — y esto se hubiera visto bien pronto — no ya en los Soviets, sino en la Constituyente.

En tales condiciones la disolución de la Constituyente hubiera podido llevar a nuevas elecciones, en las cuales el partido del ala izquierda podía haber demostrado tener la mayoría. Los acontecimientos tomaron otro camino. Las elecciones para la Asamblea Constituyente, Es muy probable que los partidos de los social-revolucionarios y de los menchevicks, que entonces dominaban, se habrían comprometido tanto ellos y la Constituyente, a los ojos de las clases activas que sostenían los Soviets, como a los ojos de las más retrogradadas masas democráticas, que depositaban sus esperanzas — y esto se hubiera visto bien pronto — no ya en los Soviets, sino en la Constituyente.

Manifiesto del Partido Socialista Obrero del Canadá

(Traducido del «Weekly Peoples», del 18 de Octubre de 1910.)

El Partido Socialista Obrero es el único partido cuyo programa es capaz de cambiar las condiciones de los trabajadores. Todos los demás partidos se basan en la continuación del presente orden de la sociedad. Al sostenerlos, la clase trabajadora gira constantemente en el mismo círculo vicioso; al confiar ingenuamente en sus siempre renovadas promesas, vuelve fatalmente al espantoso punto de partida sin haber obtenido ninguna ventaja.

Sus compromisos quedan incumplidos, sus promesas burladas; algunas de sus medidas prueban su inutilidad y que tienden más bien a desviar a los trabajadores de su misión histórica.

En la actual sociedad todos los instrumentos que producen la riqueza son detentados por un pequeño grupo de capitalistas. El modo de producción y distribución, que es la base de la vida, determina las condiciones sociales del pueblo, su educación, sus ideas morales y la política del periodo.

Desde que la clase capitalista detenta la llave de toda la riqueza, ella es dueña de las condiciones de vida de los trabajadores. La clase que domina industrialmente domina, también, políticamente, el parlamento que se supone dispuesto a servir a todo el pueblo, funciona tan sólo como un órgano ejecutor de la voluntad de la clase capitalista.

Por esta razón el Partido Socialista Obrero advierte a los trabajadores que es inútil esperar un mejoramiento de las condiciones industriales simplemente por medio de un cambio parlamentario. Un cambio parlamentario para que beneficie a la clase trabajadora debe ser seguido por un cambio radical en la propiedad privada e industrial, transformándola en propiedad colectiva. Desde que únicamente el Partido Socialista Obrero aspira a llevar a cabo lo expuesto, todos los demás partidos son simplemente agentes de los intereses particulares capitalistas, deseando únicamente sobre el papel cambiar las condiciones de los trabajadores, pero en verdad, no las cambian ni en un ápice.

La guerra ha arrojado una pesada carga sobre los trabajadores y ha acrecentado la riqueza de la clase dominante. Los salarios están lejos de corresponder al elevado costo de la vida. El horario y las condiciones de trabajo son intolerables en vista de las posibilidades de los modernos métodos de producción.

El proletariado tenía tras de sí al ejército y a los campesinos pobres. Pero antes se encontraron a la derecha, debido al lento mecanismo de las elecciones democráticas, este partido, — fiel expresión de la revolución anterior a la de Octubre — obtuvo la mayoría en la Constituyente. Por consiguiente nació una contradicción que, en la esfera de la democracia formal, era absolutamente insoluble. Solamente pedantes políticos, que no se dan cuenta de la lógica revolucionaria, de los antagonismos de clase, pueden frente a la situación creada después de Octubre, hacer buenas demostraciones al proletariado sobre la ventaja y utilidad de la democracia para la causa de la lucha de clases.

La cuestión fue planteada por la historia de manera mucho más concreta y precisa. La Asamblea Constituyente debía, de acuerdo a la composición de su mayoría, confiar el gobierno al grupo de un Cernoff, de un Kerensky y de un Tzeretelli. Se encontraba este grupo en posibilidad de dirigir la revolución? No. El real contenido de clase de la revolución habría implacablemente chocado con su envoltura democrática. Con esto estaba decidido el destino de la Constituyente. Su disolución apareció como la única salvación posible, como la solución cuadrágica, como el único camino de salida de la contradicción creada, no por nosotros, sino por todo el curso anterior de los acontecimientos.

Millares de trabajadores son forzados a burlar en las más terribles condiciones, para obtener un alivio en sus condiciones. La ya desesperada situación irá constantemente empeorando, a menos que la clase trabajadora pueda vigorosamente la incondicional rendición de la clase capitalista, declarándose ella su reguladora en virtud de su indispensabilidad para la producción e instaurando el régimen de la Democracia Industrial en lugar del presente desgarrador sistema basado en la explotación. Esta es la más importante tarea. ¿Quiéren los trabajadores ser ciegos a sus propias necesidades, aceptando las pequeñas y despreciables soluciones de los demás grupos en asuntos que tan duramente atañen a la solución de la gran cuestión social? ¿Libros baratos para escuelas, cerveza, buenos caminos, ¿Libros de trabajo?; son los remedios en los que algunos aún tienen fe para curar las enfermedades sociales? Los partidos Conservador, Liberal, Laborista Independiente son tan sólo agentes directos del capitalismo, y las reformas que agitan y proponen tienen por objeto emborbar la inteligencia de la clase trabajadora, usando de sus votos para asegurar su propia existencia.

Todas las plataformas y promesas de esas agrupaciones, aun llevadas a la práctica, no mejorarían la suerte de los obreros o cambiarían de algún modo las relaciones entre los capitalistas propietarios y los desheredados obreros asalariados.

El gobierno político cuyos representantes son elegidos por distritos geográficos, porque convienen a los intereses capitalistas, no pueden representar a los obreros de la industria.

El éxito político es estéril a menos que los trabajadores posean una fuerte organización industrial capaz de completar la victoria para poder hacerse cargo de la administración de la industria del país.

La administración socialista no consistirá en un parlamento elegido descareadamente por varias localidades, sino en un Ejecutivo elegido directamente en el seno de las industrias. La Unión Industrial es la institución sobre la que se basará la sociedad futura. Ella representa el poder organizativo, el cual garantizará el derecho de la clase trabajadora a respeto de su personalidad. Y mientras el capitalismo prevalece, la Unión Industrial constituye el mejor órgano para la lucha del trabajo, para mejorar el salario y las condiciones industriales.

Tal unión ya existe en la Workers International Industrial Union (Unión Internacional de Obreros Industriales). Distinta de la A. F. of L. (Federación Americana del Trabajo) que divide a los obreros por oficios, mientras la W. I. I. U. organiza a todos los trabajadores de una industria en una Unión Industrial. Mientras la A. F. of L. ata a sus miembros con obligaciones y compromisos con sus patrones, la W. I. I. U. no acepta concordia y niega el derecho a los capitalistas a explotar a los trabajadores.

La W. I. I. U. es una palanca para el progreso social. Su forma de organización hace de ella un eficaz factor para dirigir todas las cuestiones de la industria y la sociedad cuando los trabajadores hayan decidido en el campo político que el gobierno capitalista debe cesar. Las varias Uniones Industriales Locales de la misma industria están unidas dentro de una Unión Industrial Nacional. Similares Uniones Industriales se agrupan en un Departamento Industrial. De los varios Departamentos, tales como Minas, Agricultura, Transportes, cuyos representantes son elegidos para un Consejo Ejecutivo General de la Administración de la clase trabajadora de la Democracia Industrial.

Si la Unión Industrial el esfuerzo y la victoria de la política del trabajo es estéril. Sin el partido político que exprese sus intenciones, la Organización Industrial del Trabajo degeneraría en un órgano colaboracionista, dificultando y retardando la supresión del capitalismo.

Solamente una clase trabajadora organizada industrialmente en una gran Unión y políticamente bajo el estandarte del Partido Socialista Obrero, es capaz de llevar a cabo ventajosamente la abolición del capitalismo e instaurar una sociedad libre sin desorden social ni guerra de clases.

El Partido Socialista Obrero niega el cargo que se pretende atribuirle, que busca la ruina, la violencia y la matanza. Mientras nosotros intentamos sustituir por una Administración Industrial el actual estado político, deseamos evitar la violencia y el derramamiento de sangre; por esto nos colocamos en el plano civilizado y pedimos una solución mediante el método de verificar las fuerzas por las

urnas. El P. S. O. niega a la clase capitalista el derecho de excluir a la clase trabajadora de la expresión de sus puntos de vista políticos; y observando los métodos civilizados nosotros orientamos a los obreros hacia una posible solución pacífica del problema por una victoria política, bajo cuyo escudo desea el advenimiento de una Administración Socialista.

El Partido Socialista Obrero pone en guardia a los trabajadores contra las ilusiones de las plataformas prometidas. Pide a los trabajadores que estudien las causas de su condición, y sigan el camino firme en la elección de las armas de su emancipación económica y política.

El programa del Partido Socialista Obrero es el siguiente:

I Organizar a la clase trabajadora en mayoría política para la conquista del poder.

II Fortalecer a la Unión Internacional de los Obreros Industriales a fin de garantizar que el triunfo político del trabajo no sea estéril.

III Declara que cuando posea la supremacía política, abolirá la propiedad privada capitalista y la transformará en propiedad social, y pondrá fin a toda explotación y al régimen del salario.

IV Declara que, cuando posea la supremacía política, el estado capitalista desaparecerá y todos los poderes administrativos serán desempeñados por las uniones industriales organizadas en Uniones Locales y Consejos, Uniones Industriales Nacionales y en Departamentos Industriales.

V Tal organización funcionará como una Administración Industrial de una libre sociedad socialista.

Llamamos a alistarse con nosotros en esta noble tarea de emancipación humana, a todos los trabajadores para que podamos poner pronto fin a la bárbara existencia de conflictos de clase y colocar la tierra y toda la producción, los transportes, y la distribución en manos del pueblo considerado como un cuerpo colectivo, y sustituir el presente estado anárquico de la producción, de guerra industrial y de desórdenes sociales por un régimen en el cual cada trabajador dispondrá del libre ejercicio y del total beneficio de sus facultades, multiplicadas por todos los factores modernos de la civilización.

Estas relaciones de los acontecimientos no constituyen el objeto de su misión: el capitán Sadoul llena en el cuerpo de oficiales enviados a Rusia, un cargo técnico. Es, únicamente, a título privado, amistoso, como él mismo lo especifica, que se cartea con Albert Thomas.

Esta serie de cartas son admirables. Escritas después de días pesados de trabajo llenos de dificultades, las cartas de Sadoul tienen la gran cualidad (apenas algunas veces, los pequeños defectos), de la improvisación, y encierran el autor revela una sinceridad irresistible las animas, y una continuidad de vista poco comunes en sus contemporáneos.

Un fuerte método crítico preside a la información que Sadoul emprende solo cuando llega a Petrogrado y Moscú. El nuevo espectador desembarca de occidente en el centro de esta segunda revolución rusa que es, sin disputa, la coyuntura capital de los tiempos modernos; no aporta ningún sistema de óptica preparado de antemano, y no recibe ninguna influencia contingente. Mira, estudia, analiza, con plena libertad de espíritu.

Desde el primer día, él sabe discernir en el espectáculo del mundo ruso en caos y en trabajo, lo que es transitorio y lo que es durable, lo que es desechable y lo que se debe respetar. Sabe, a través de las apariencias, del disfraz de las palabras encontrar lo esencial; indica dónde se hallan las corrientes profundas. Las pruebas de su clarividencia abundan: sus previsiones son, frecuentemente confirmadas por los hechos. Cuando se relaciona a las fechas en que sus cartas fueron escritas, estamos completamente obligados a reconocer que muy raramente se equivocó.

Juzga como ve, en realista. Sus ideas políticas de socia-

lista «conciliador» lo ponen en guardia contra el bolshevismo: «Yo no soy bolshevik», dice en Noviembre de 1917, y lo repite en Julio de 1918. Pero él hace, nos ha dicho, abstracción de sus tendencias personales: spongo mi socialismo a un lado. Extiende, tanto como puede, su campo de investigación, se pone en relación no solamente con los representantes del poder soviético, sobre todo con Trotsky, sino también, con otras personalidades, todas calificadas e importantes, de los diversos partidos de la oposición: mencheviques, socialistas democratas, socialistas revolucionarios, anarquistas, socialistas de la derecha, cadetes y con los mismos monárquicos.

Su información, impregnada de positivismo y de objetividad, extraño a la teoría abstracta tanto como al «parti pris», ostenta las grandes formas sólidas de la realidad. Tal cual se presenta, dice desde su llegada, el bolshevismo es una fuerza estable. Se la considera efímera, es un error. La idea está arraigada en la población rusa. De buen o mal grado, los intereses del bolshevismo están en adelante ligados a los de Rusia. Es necesario, por consiguiente, tener en cuenta para hacer obra práctica, esta verdad de hecho.

Es en vano que en este momento las fracciones anti-bolshevikas multipliquen sus ataques y las invectivas contra el gobierno de los Soviets. La mayor parte de estas acusaciones son falaces, aun cuando algunas de ellas sean fundadas; Sadoul no juzga absolutamente estéril este esfuerzo de la oposición. Su argumentación es neta e irrefutable. Ningún otro partido tiene probabilidad de durar, de substituir a los que han substituido a Kerensky. Los socialistas democratas y revolucionarios han demostrado su incapacidad flaqueando en la acción, después de desencadenada la segunda revolución. No son buenos más que para la tarea fácil y fantástica de protestadores.

En cuanto a la burguesía, que la distante ignorancia de ciertos franceses de Francia se obstina en denominar «los elementos sanos de la Rusia» y que son, desde luego, mucho más «capitalistas» y germanófilos que el pueblo, son menos capaces que nunca para hacerse cargo del poder durante la terrible crisis de fines de 1917. Las causas del comunismo y de la paz, que Lenin y Trotsky representan a los ojos de un pueblo que no abandonará jamás su ideal de emancipación, y de un ejército cuya descomposición e impotencia era entonces casi irremediable, sobrevivirán a los hombres instalados en el Instituto Smolny; los nuevos jefes deberán, para salir bien y mantenerse, apoyarse en el mismo programa, y a «disfranzarse de bolshevik» (el último discurso oficial de Kerensky, del 24 de Octubre, lo atestigua elocuentemente).

Si hay un poder susceptible de imponer otra ley al ex imperio de los zares, es el poder alemán.

Dos alternativas: la Rusia será bolshevista y nacional, o bien anti-bolshevista y proalemana.

Es esta doble alternativa que Jacques Sadoul, desde el advenimiento de la República maximalista, pone en evidencia con una lógica fuerte, y en nuestro sentir definitiva.

Ella es angustiosa y trágica y domina el conflicto de las ideas y de las cosas en la Europa oriental. El se debate desesperadamente, porque el no se contenta con ver y juzgar, él obra, más bien, él quiere obrar.

En la acción no es más imparcial, un «parti pris» le empuja. El se coloca exclusiva y obstinadamente bajo un solo punto de vista: el punto de vista francés y aliado. La constante inquietud que posee y que constituye el resorte de sus diligencias es esta: los aliados deben aprovechar, tanto como le sea posible, de una situación de hecho contra la cual no se puede nada, para obtener todo aquello que se pueda obtener en favor de la causa de las democracias del occidente.

Aporta a la realización de este plan una voluntad incansable y combativa, una tenacidad, una agilidad y habilidad tal, que este hombre merezca el reconocimiento de todos los franceses. No se desalienta nunca, después de cada fracaso, repite: «Se está todavía a tiempo».

Está aislado. Está solo para juzgar las cosas desde lo alto, para defender una concepción positiva y práctica, para prever y encarnizarse. Ciertamente no obra en secreto. Fue a pedido del jefe de la misión que penetró por primera vez en el Smolny y vio a Trotsky. No le desagradó

de ningún modo, en principio; en seguida, él mismo rinde cuenta de sus esfuerzos a sus jefes jerárquicos. Estos en muchas circunstancias reclaman su intervención ante personalidades poderosas con las cuales está en relación. En diversas oportunidades, los servicios prestados por Jacques Sadoul, a la causa francesa y a la causa de los aliados, son oficialmente reconocidos por los representantes de las potencias, sin perjuicio de pequeñas persecuciones y de procedimientos equívocos usados entre bastidores, contra él (1).

Con sonrisas de escepticismo se acogen sus ideas, sin combaerlas claramente y aceptando ciertas consecuencias. Los representantes de Francia juzgan al gobierno de los comisarios del pueblo, como se les juzga en París, a tres mil kilómetros. Ellos mismos están a diez mil leguas de la realidad. Unos y otros afectan estrechamente una altanería y menosprecio por el bolshevismo y repiten entre ellos: «Esta gente desaparecerá mañana», verdaderamente no vale la pena de preocuparse de ellos.

Nuestro servicio de propaganda en Rusia, acumula las faltas. Estas faltas han sido señaladas a Sadoul, desde que llegó, por un hombre poco sospechoso de alentar la veracidad el socialista anti-bolshevista Plékhanov, quien señala bajo el cuidado que los gobiernos parecían tener en no dejar conocer, en Rusia, otra cosa que las manifestaciones imperialistas de los aliados. A los documentos inexactos que esa propaganda hacia circular acerca de la actitud de los socialistas franceses, se añaden las más irreparables falsas manobras. Las estupidas calumnias que representan a Lenin y Trotsky como agentes sobornados por Alemania, otorgado al pueblo ruso, tan susceptible y dado al asombro, multiplicando las separaciones y los rencores, favoreciendo poderosamente la causa enemiga.

Incomprensión, miopía, inercia e hipocresía, tales son las características de la política, o más bien, de la ausencia de política de Noulens y de los que le rodeaban. Las cartas de Sadoul constituyen una monumental requisitoria contra ese espíritu nefasto de reacción y de incoherencia. Porque eso no, es una hostilidad abierta de parte de los aliados contra los comisarios del pueblo, eso es peor. Prejuicio de la fobia a la palabra bolshevismo, nuestros diplomáticos titulares y nuestros funcionarios se obstinan en ignorar a los dirigentes de la república comunista, en un momento cuando los intereses de esos dirigentes, quiérase o no, están ligados a los nuestros. Aun más, se apoya bajo cuerda a la oposición política, se subvenciona al reaccionario «Comité de salud pública» se ve con complacencia, por no decir con complicidad, por parte de los representantes de las potencias, todo lo que concierne al sabotaje de las administraciones, el sabotage de Rusia, emprendido por los elementos de la derecha, el separatismo de Ucrania, de Finlandia, de Lituania, del Cáucaso, la fragmentación sangrienta de Rusia, son fomentados el beneficio directo de los pan-germanistas. Y, al mismo tiempo, desde el comienzo de la colaboración utilitaria, cuya iniciativa corresponde siempre a Sadoul (secundado un momento por los representantes americanos e ingleses) es parsimoniosamente consentida, después retirada, después nuevamente renovada, para reorganizar ese ejército nacional ruso del cual nosotros tenemos necesidad tanto como los nuevos jefes de Rusia.

Es necesario decir, es necesario repetir, que el principio de la escisión entre los aliados y los bolsheviks ha venido de más alto que de nuestros mequinos representantes oficiales. El libro que Sadoul se ha atrevido a escribir, fragmentariamente a sobresaltos, después de haber tenido el coraje y la paciencia de vivirlo, pone crudamente a luz, con detalles precisos, esta formal acusación: los aliados son responsables de la paz ruso-alemana.

Ellos son responsables, porque nunca han declarado sus objetivos de guerra. La historia no tendrá desgraciadamente ningún reparo en establecer que los aliados durante toda la guerra, han escondido vergonzosamente los fines que perseguían. Esto es a los ojos de los pueblos, la mancha de la cual no se lavarán jamás los gobiernos occi-

(1) No se puede olvidar particularmente la importante responsabilidad que pesa sobre M. Noulens, pasando a otro a las órdenes de M. Pichon, quien pidió de recibir directamente las notas de Sadoul.

Las cartas de Jacques Sadoul

(Prefacio al libro «Notes sur la Revolution Bolchevique (Octobre 1917-Janvier 1919)».)

La publicación integral de estas notas de buena fe está destinadas a las personas de buena fe.

Ella ha sido decidida con toda conciencia por los hombres que conocen y estiman a Jacques Sadoul, pero que, elevándose sobre las cuestiones personales, son, sobre todo, amigos de la verdad. Ellos piden a la opinión que tome conocimiento sin «parti pris».

El abogado Jacques Sadoul, movilizado al comienzo de la guerra como oficial de reserva e incorporado al regimiento 156 de infantería, donde fue reemplazado por debilidad de las rodillas y trasladado al consejo de guerra de Troyes, donde llenó todo su deber humano al lado de los humildes soldados. Sus opiniones socialistas, por las cuales él había antes de la guerra, militado en París y en Viena, sus amistosas relaciones con Albert Thomas, determinaron a éste a traerlo a su despacho cuando fue ministro de Armamentos.

En Octubre de 1917, Albert Thomas lo adjunta a la misión militar enviada por el gobierno francés a la República rusa.

Apenas llega a Petrogrado, el capitán Sadoul asiste al hundimiento del gobierno provisorio de Kerensky y a la segunda revolución. Anota sus impresiones y las envía a Francia. Las páginas que se van a leer constituyen la serie de cartas que Jacques Sadoul ha dirigido a Albert Thomas, por petición de éste y de M. Loucheur (1).

(1) Los editores han agregado a éstas otras cartas enviadas a Jean Longuet, Romain Rolland, etc.

dentales, y que para siempre desacreditará sus manifestaciones verbales relativas al derecho y a la justicia. Se hayo cará en vano, entre sus palabras y sus actos, esa relación absoluta que se llama la lealtad. Nosotros que hemos aquí, durante el siniestro período que por la prensa la divulgación integral de los objetivos de guerra, sabemos demasiado actualmente, porque los aliados no han confesado sus ambiciones, eran increíbles. Ellas comportaban la anexión. Mientras que los Lloyd George y los Bonar-Law — para no tomar más que un ejemplo — afirmaban en discursos que se llevaba el viento: «Nosotros no engrandeceremos nuestro territorio ni en una pulgada», codiciaban los miles de kilómetros cuadrados que se adjudicaron. Es sin duda en virtud del viejo adagio según el cual los escritos quedan y las palabras vuelan, que nuestros patriotas, han osado con tanto virtuosa coherencia, reprochar maduros a los adversarios por haber tratado las obligaciones firmadas como pedruzcos de papel.

Los hechos son patentes y únicamente con ultrajes se los puede refutar: cuando los bolshéviks habían propuesto el armisticio, hubiera sido posible impedir la paz separada. ¿Cómo? Por un solo medio, preconizado por el mismo Trotski y Sadoul, que ha jugado en este momento un papel activo, ha establecido estas cosas que debían quedar grabadas en la memoria de los hombres —: provocar un supremo sobresalto en el desgraciado ejército ruso, hacerle hacer lo imposible, persuadiéndolo contra su opinión, que las aspiraciones de los aliados no eran imperialistas. La guerra sagrada, es decir, la guerra por la liberación de los pueblos, por el ideal de justicia, era el único curso que quedaba, a fin de salvar la independencia de Rusia y al mismo tiempo de evitar el formidable revés militar que a la paz francesa, inglesa e italiana.

Esta romería idealista de los restos del ejército ruso diezmado después de cuarenta meses de derrotas (pero encuadrado y sostenido por nosotros) no tenía, pues, nada que dar. ¿Quién no obstante sabe, y como juzgar lo que no ha pasado? En todo caso, si los aliados hubieran cumplido su deber, probando sus intenciones desinteresadas, no solamente en sus pomposas palabras oficiales, sino en la realidad, la fuerza alemana hubiera resultado a los ojos del universo la *solus fuerza militaria* y oprimida, y nuestra causa se hubiera realizado moralmente, es decir, materialmente.

Pero después de nuestra denegación a publicar nuestros objetivos de guerra, después de las revelaciones de los tratados secretos; si por razones indignas los aliados no han creído de su deber adherir a las proposiciones de paz puramente democráticas presentadas por Rusia, en Noviembre de 1917, quedarán libres de romper en forma estrepitosa las conferencias, si los depósitos de cadáveres y el imperialismo germánico hubiera rechazado a la paz de los pueblos y todo no estaba perdido. Se podía aun servir de la Rusia, atenuar las consecuencias de la paz que se había dejado realizar, ayudando indirecta, pero positivamente al káiser a imponerla.

El lector de este libro se dará cuenta cuántas múltiples ocasiones se han presentado sucesivamente y han sido suservientemente perdidas, para contrabalancear en Europa oriental las maniobras de los Imperios Centrales. Verá, además, cuántas otras medidas tomadas, han servido inmediatamente para atizar el odio, lavar la fosa entre Rusia y los países del occidente (particularmente la afluencia de los empréstitos extranjeros), pudieron limitarse o evitarse.

La política de la Entente en Rusia, se estrenó en Noviembre de 1917 con un error (la postergación se expresará sin duda más severamente) y fue continuada con necesidades.

Esta colección de cartas de Jacques Sadoul, no constituyen solamente una memorable requisitoria contra la política de los aliados en general, sino contra los mandatarios de los aliados en Rusia, en particular. Esta documentación aclara el problema tan grave e importante de la realización socialista acometida por el régimen de los Soviets.

Jacques Sadoul, llegó a Petrogrado, anti-bolshéviki. Bien que durante los primeros meses de su residencia ya he insistido sobre este punto — se circunscribió a establecer, entre la Rusia bolshéviki y la Francia, relaciones

útiles a los intereses comunes, no deja de emitir apreciaciones sobre el bolshévismo mismo, y no le economiza sus críticas. Estas críticas no se dirigen contra los principios fundamentales de la nueva constitución, sino contra los excesivismos excesivos, contra los procedimientos arbitrarios dictatoriales empleados por los comisarios del pueblo para dar instantáneamente una existencia concreta a los principios puros.

Estas preveniciones se han disipado. Han, por decirlo así, descendido al rango de argumentos secundarios en el inmenso proceso que actualmente se ventila ante la conciencia humana. Los agravios que se podían (que se puede todavía quizás, invocar referente a la aplicación — y que las formidables dificultades, la hostilidad feroz con que los reformadores del oriente han tropezado por todos los lados, explican en parte — esfuman a los ojos de este testigo frente a la importancia original de la obra moral y social que se esfuerzan por hacer vivir para siempre, o dejarla morir.

Por lo demás, el bolshévismo mismo se ha modificado. Al contacto de la realidad, el sistema entero se ha hecho más flexible. Atenuó para adaptarse a la vida de un pueblo numeroso y muy joven, la rigidez implacable y a veces estrecha de algunos de sus primeros métodos de acción.

Se ha remediado lo que aparecía como muy rudimentario y nocivo a la producción, medidas tales como el control exclusivo de los obreros sobre el trabajo industrial, la inutilización de la competencia y la misma práctica estricta del comunismo en la retribución del trabajo en las usinas.

La segunda revolución rusa, por la voluntad de sus dirigentes, rehizo mejor lo que había deshecho muy a prisa; tomando luego una forma evolutiva. Ella ha comprendido que no se construye tan sumariamente como se destruye; que no se destruye más que lo que se reemplaza, dijo Augusto Comte, y cuando esto tiene lugar en un período de transición, es preciso tener en cuenta en la edificación de las cosas (esta es una de las preocupaciones dominantes de Lenin) la educación moral y cívica de los mismos interesados.

Esta corrección que Sadoul ha podido emplear en alguna parte esta expresión: «los ex bolshéviki Trotski y Lenin, ellos han provisto de armas terribles a la oposición rusa de la izquierda y ha reeducado brávilmente la campaña anarquista. Al mismo tiempo que los soldados desordenados de la bandera negra, los socialistas revolucionarios, sacan de lo que llaman la derrota del poder de los Soviets, los elementos de una violenta ofensiva. El acto más conmovedor del drama se desarrolló en Julio de 1918, durante las extraordinarias escenas del Quinto Congreso pan-ruso de Moscú, al lado de las cuales las sesiones más borrascosas de nuestra Convención nacional parecen anodinas. El cuadro está pintado con mano maestra: La terrorista Spiridonova, Kamkoff, y todos los militantes de la sublevación, preparados para volver a tomar en mano, como ellos vociferaban, el revólver y la bomba, y que en ese mismo momento hacían asesinar al embajador alemán Mirbach, para producir lo irreparable, se desencadenaron frenéticamente en imprecaciones y en amenazas contra el gobierno de los Soviets, y estos clamores de odio quedan bruscamente muertos, destruidos, por la risa terrible y glacial que lema el rostro mongol del gran Lenin.

De este congreso salió la «Ley fundamental» de la República Socialista Federal de los Soviets de Rusia». Para todo hombre de buena fé, esta constitución es perfectamente coherente y se basa sobre las grandes leyes morales y lógicas. Ella instituye la expropiación de los ricos y de los grandes propietarios, la eliminación *temporaria* (puesto que suprime las clases) de los ex elementos burgueses, susceptibles de contaminar el orden nuevo de gérmenes contrarrevolucionarios, instituye la ley del trabajo igual por todos y para todos, la igualdad de los derechos a la instrucción; consagra a la faz del mundo el poder directo del pueblo, y la solidaridad internacional absoluta entre todos los proletarios.

Cualquiera que sean nuestras ideas personales sobre el régimen político y social, cesemos de juzgar el bolshévismo a través de lo que nos ha sido expuesto hasta ahora por las informaciones oficiales manifiestamente mentirosas (los hechos cien veces lo han probado) o por las informacio-

nes oficiales manifiestamente interesadas. Tengamos el buen sentido de comprender que es pueril recoger la palabra de orden sobre esta cuestión gigantesca, de M. Clemenceau o de M. Pichon, que tan a menudo han demostrado su poca clarividencia y su espíritu anti-democrático, sea en los diarios, domésticos de la alta finanza, sea por parte de casos ex funcionarios y dignatarios despojo del régimen caído refugiados en París, que sólo pretenden representar el pueblo de todas las Rusias. No escuchemos más a los demócratas o socialistas anti-bolshéviki, los Kerensky, los Tchernov, los Savinkoff, etc., adversarios *a priori* que aportan a las polémicas sus rencores de partidos desposeídos, sin hablar de los agentes chismosos que llenan una lista retribuida, y de los renegados equivocados, cuya lista, ¡ay! sería extensa.

Los desórdenes, las exacciones o las violencias que se reprochan al gobierno de los Soviets son la mayor de las veces, o bien provocadas por los partidos de la oposición; los anarquistas que saquean o aquellos de los de la derecha que «sabotean» o bien inventados de stoutes piéces, por las grandes voces mentirosas de la prensa francesa. Aquella acumulación de testamentos, no basta para impedir que se admita por la opinión occidental, los nobles e inteligentes progresos tentados y realizados en el dominio de actividad social, por ejemplo, en la Instrucción Pública o sobre «Bienestar Público», bajo la impulsión de Lounacharsky y de Alejandra Kolontai!

En cuanto a los malos resultados económicos del bolshévismo (admitámoslos hasta que haya pruebas en contra), no es equitativo adjudicarlas al pasivo de los bolshéviki. ¿Qué de convincente se puede concluir sobre una experiencia, por un poder estrechado por una conspiración constante, minado, espiado, traicionado por todas partes, en medio de una población diezmada por las epidemias, muerta por el hambre, asediada en masa por el bloqueo de la Entente, y finalmente invadida por los cañones, las ametralladoras y las bayonetas de las potencias que se dicen «democráticas». Reprochar al leninismo los males que sufre el pueblo ruso, es dar muestra, en verdad, o un bien mediocre espíritu crítico, o de una bien temeraria hipocresía.

¿Pero se dirá: esta hostilidad general, esta maldición que ha suscitado el bolshévismo, a su alrededor, no es ella sola característica de alguna tara fundamental? Esta es bolshéviki la cuestión. Si, en efecto, la reprobación anti-social los principios organizados, es decir sólidos y contados, vasta cólera en nuestros viejos países todavía repletos de tradicionalismo.

Si se quiere destruir el gobierno actual de Rusia, no es por ser «bolshéviki», es por ser efectivamente socialista, lo que significa la posesión directa del poder por el proletariado y tiende a la realización de la comunidad universal de los trabajadores. He aquí el fondo de la realidad, el resto, son palabras, de las cuales se sirven tanto cuanto pueden, pero que no tienen ninguna importancia. Soukhomine ha establecido últimamente que el socialismo revolucionario finlandés no es el bolshévismo y aparenta dar alguna importancia a esta distinción. ¿Qué representan ellas frente a las monstruosas represalias reaccionarias que describe en su estudio?

El almirante Kolchak, enarbolando el pendón siniestro debajo el cual marchan efectivamente, de buen o mal grado, toda la coalición anti-bolshéviki (para vergüenza de

ciertas personalidades honestas que la integran) no ha escondido su concepción social. Ha declarado que considera a los «mencheviki» y a todos los socialistas de la izquierda, como bolshéviki» y ya ha dado muestras de su manía de ver y obrar imponiendo las medidas políticas más reaccionarias — sufragio restringido, etc., — en las regiones que ha conquistado, gracias al apoyo de la Francia de la Revolución y de la liberal Inglaterra.

Tengamos la honestidad intelectual, tengamos el coraje de considerar la enorme crisis en toda su grandeza antes de ponernos deliberadamente a uno u otro lado de la balanza nuestro espíritu. Porque se trata — es necesaria habituarnos a ella — de cosas. Ella se diseña en líneas netas y sangrientas, entre los reformadores que han pretendido por primera vez en la historia abolir realmente la esclavitud de los pueblos y, de otra parte, la burguesía internacional — engrosada por los ignorantes, los que vacilan y de los traidores — que no quieren estas reformas a ningún precio. Es el zarismo capitalista, con sus taras, con sus corrupciones, sus injusticias y sus catástrofes, contra el deseo de los hombres. Es el porvenir racional, contra un pasado social que se puede juzgar por esta sola imprecación: «Nada seria peor» a los interesados, a los innumerables interesados — a la carne de la herramienta y a la carne de cañón, a los trabajadores intelectuales y manuales — les conviene comprender cuán soberano principio idealista y práctico está en juego y es cuestión de salvarlo o de perderlo.

Jacques Sadoul ha sido víctima de su sinceridad. La actitud violentamente hostil de la Misión francesa frente a sus huéspedes, las sospechas de la cual nuestro compatriota, de otro lado, ha sido objeto por parte de Lenin, han creado un estado de cosas que no podía durar. Al fin las medidas tomadas contra la Misión han precipitado los acontecimientos. A consecuencia de una pesquisa realizada por el ejército rojo en las oficinas de la Misión, en momentos en que el capitán Sadoul se ballaba ausente para obtener su retiro de esta invasión armada, los bolshéviki han hecho aparecer en el *Isvestia*, diario oficial, algunas de sus cartas, que no estaban destinadas a la publicación inmediata (1).

Sadoul ha obtenido la libertad de los oficiales franceses aprisionados y amenazados con graves condenas. Han vuelto a Francia. El se ha quedado en Rusia y se ha consagrado a la defensa del ideal del socialismo integral.

Un proceso se ha abierto en Francia en su contra, seguido de denuncias. Se ha pretendido inculparle la divulgación de secretos profesionales. Esa clase de acusaciones no podía persistir. Se ha hecho entonces pesar sobre él la grave acusación de inteligencia con el enemigo — que no es más fundada. ¿Qué le reserva el odio de nuestros dirigentes? Nos parece demasiado evidente que se ha hecho todo por suprimir o por mantener en el destierro a un hombre que se ha revelado demasiado perspicaz y muy sincero y cuya rara inteligencia es sobrada en las grandes circunstancias por una rara energía.

Julio de 1919.

HENRI BARBUSSE.

(1) Estas cartas o por lo menos una parte de ellas, no podían ser ignoradas por sus jefes, puesto que él nos dice que había dado lectura al general Lavergne de uno de esos documentos, no la menos militante, la carta a Romain Rolland.

La obra constructiva de Rusia

Instrucciones sobre la organización de los Soviets

En la sesión del *Collegium* dependiente del comisario del pueblo para el interior, el 9 de Enero de 1918, fueron votadas las siguientes instrucciones sobre la organización de los Soviets de los delegados de obreros, soldados y campesinos.

En todos los Soviets, en lugar de las viejas, anticuadas instituciones gubernativas, deben organizarse los siguientes departamentos o comités:

- 1.— *Administración.*—Se ocupa de los asuntos internos y de las relaciones con el exterior de la República y, técnicamente, unifica todos los demás departamentos.
- 2.— *Finanzas.*—Le corresponde la compilación del balance local, las percepciones de las tasas locales y de Estado,

la aplicación de las normas para la nacionalización de los bancos, la administración del Banco del Pueblo, el control respecto de las aplicaciones de los fondos nacionales, etc.

3.—**Ministerio de la Economía Nacional.**—Le incumben organizar la manufactura de los productos más necesarios para las fábricas, oficinas e industrias domésticas; determina la cantidad de materias primas y combustibles y la manera de obtenerlos y distribuirlos; organiza y suministra la economía agraria (rural), etc.

4.—**Tierra.**—Le corresponden hacer un exacto catastro de los terrenos, de los bosques, de las aguas y de las otras riquezas y establecer su distribución a objeto de utilizarlas.

5.—**Trabajo.**—Debe organizar y reunir los comités de las Ligas obreras, de fábricas y oficinas, las asociaciones de campesinos, etc., y además crear sociedades de seguros de toda especie.

6.—**Vías de comunicación.**—Le corresponde proveer a la nacionalización de los ferrocarriles y de las líneas de navegación, y la dirección de esta importantísima rama de la economía nacional, y a la construcción de nuevos caminos de importancia local, etc.

7.—**Correos, telégrafos y telefonos.**—Debe ayudar a desarrollar estas administraciones del Estado.

8.—**Educación pública.**—Vigila la educación y la instrucción del pueblo en las escuelas y fuera de las escuelas, abre escuelas nuevas, jardines de infancia, universidades, bibliotecas, círculos, etc., aplica las disposiciones para la nacionalización de las imprentas, para la publicación de libros y periódicos necesarios, y para su difusión entre la población, etc.

9.—**Legal.**—Liquida las viejas cortes de justicia, organiza las cortes del pueblo y de arbitraje, toma a su cargo los sitios de detención, los reforma, etc.

10.—**Medico-sanitario.**—Le corresponde la vigilancia sa-

nitaria e higiénica, la organización de la asistencia médica accesible a todos, y el suministro sanitario de los establecimientos urbanos y rurales, etc.

11.—**Establecimientos públicos.**—Le toca resolver el problema de las habitaciones, de la vigilancia sobre los edificios públicos confiscados, y la construcción de nuevos edificios.

Nota.—A los Soviets se les aconseja servirse de todo el material de organización de los zemstvos y de las instituciones municipales, introduciéndole algunas modificaciones, a fin de formar los departamentos.

En la misma sesión fué aprobado el proyecto de decreto que establece los límites de las provincias, de los distritos, etc., como sigue:

1) Todas las cuestiones concernientes a los cambios realizados en los confines de las provincias, de los distritos, de las comunas, deben ser resueltas por los Soviets locales de los delegados de obreros, soldados y campesinos.

2) Cuando partes de una provincia o de un territorio son incluidas en otra, las cuestiones técnicas y los malentendidos que puedan nacer, serán tratados por las comisiones mixtas de los Soviets provinciales interesados o de su Congreso.

3) Igual procedimiento debe seguirse cuando dos confines de un distrito o de una comuna son rectificadas en daño de otra.

4) Territorios, provincias, distritos y comunas pueden también ser divididos en partes, formando nuevas unidades económicas administrativas.

5) Las informaciones particulares sobre todos estos cambios deben ser comunicadas en una relación al Congreso de los asuntos internos.

Documentos de la Revolución

ALEMANIA

LA SITUACION DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

Relación de la Dirección del Partido Comunista alemán (spartacus bund) sobre la situación del movimiento revolucionario en Alemania

El estado de sitio hace extremadamente difícil nuestro trabajo de organización. Estamos fuera de la ley: el estado de sitio, establecido en casi toda Alemania, va dirigido exclusivamente contra nuestro partido. Se cuentan por miles los compañeros encarcelados. Casi todos nosotros estamos obligados a vivir como conspiradores. No obstante esto, la organización se desarrolla. El número de nuestros grupos ha aumentado extraordinariamente. Hemos coordinado estos grupos por distritos en toda Alemania. Es muy difícil encontrar compañeros capaces de asumir las funciones de secretarías de distritos. Debemos dejar a estos secretarías la más amplia autonomía posible en la organización central a fin de que las reacciones, que diariamente pueda sufrir el organismo central, tenga poca repercusión sobre la organización.

La mayor parte de nuestros órganos son interdichos. Donde pueden salir, la censura los aliga por lo que no encontramos obligados a difundir órganos clandestinos en Berlín y otras ciudades. Continuaremos en el porvenir la publicación de la revista científica *La Internacional* e iniciaremos un Boletín del Partido y un Boletín especial para los Consejos de obreros comunistas. El mayor obstáculo a nuestra actividad de propaganda escrita es la dificultad de hallar imprenta. Los guardias de Noske no se con-

forman solamente con secuestrar todos los escritos comunistas — clandestinos y legales — sobre los cuales echan mano, sino que destruyen las tipografías. Semejante riesgo no alienta ciertamente, a los tipógrafos a hacer contratos con nosotros.

Trabajamos para poner en movimiento los estratos proletarios que la revolución ha hecho florecer y en los cuales comienzan a aparecer los primeros indicios de vida sindical. Prometemos realizar una acción especial entre los ferroviarios y entre los mutilados de la guerra; la misma acción desarrollaremos entre los trabajadores de la tierra y los pequeños propietarios. Daremos particular impulso a esta última rama de actividad, pues la estructura orgánica de la economía agraria está preparada para nuestra propaganda; dentro de breve tiempo publicaremos un diario y haremos conocer nuestro programa agrario.

La organización política se desarrolla rápidamente allí donde reinan los mayoritarios. Sucede con frecuencia que los socios de las organizaciones mayoritarias pasan directamente a nuestras filas, sin atravesar la etapa preliminar de los Independientes.

En el momento actual tenemos especialmente necesidad de tres o cuatro meses de tranquilidad, para completar nuestro trabajo de organización. ;Dispondremos de este período de calma? Ello no depende de nosotros, absolutamente.

La acción desarrollada en Munich se encuentra completamente fuera de nuestra línea de conducta, mire siende a evitar todo movimiento parcial. Cuando los compañeros de Munich nos solicitaron consejo, sostuvimos este punto de vista y deleamos a uno de los nuestros para empujar a los compañeros de Munich en la no participación en ninguna acción parcial. No comprendemos aún cómo la acción pudo desencadenarse. Cuando — en los primeros días de la República de los Consejos de Munich —, los Independientes y los mayoritarios proclamaron la «República de los Consejos», nuestros compañeros de Munich se negaron a adherir y rieron de la comedia que se quería representar. Esta República de los Consejos estaba destinada a

morir de consunción cuando, en la noche del 11 al 12 de Mayo, el gobierno de Hoffmann decidió apresurar la muerte de la organización con un golpe de mano militar. Este hecho indignó al proletariado de Munich, que se levantó en armas a luchar contra la dictadura militar. Fue así que, por haber querido defender la sedicente República de los Consejos, nuestros compañeros comunistas entraron en la acción que concluyó con la bien conocida disolución.

Bajo nuestro punto de vista, creemos que los compañeros de Munich han incurrido en un doble error.

1.º Porque se dejaron arrastrar en la defensa de aquella caricatura de República de Consejos de la cual rieron antes y cuya desaparición, en tales condiciones, no podía ser más que deseada.

2.º Creemos que los compañeros de Munich cometieron un segundo error al permitir que su acto de defensa se transformase, sin necesidad alguna en una ofensiva, pues no sólo se contentaron con impedir el golpe de mano militar, sino que pasaron a la dictadura de los consejos, sin preocuparse para nada del resto del país.

Los resultados son conocidos:

En el resto de Alemania la situación es la siguiente: El movimiento revolucionario se desarrolla especialmente entre los obreros mejor organizados y que más se interesan por la vida política. Por encima de esta categoría se perfila un movimiento que nos hace asistir al fracaso de los mayoritarios, contrastando a nuestras predicciones que les acordaban una vida más larga a los mayoritarios que a los independientes. Es enorme la exasperación de la clase obrera contra los mayoritarios, gracias al gobierno de los Noske y de los Heine, gracias a la contrarrevolución que se afirma día a día más brutalmente, gracias a los fusilamientos terroristas en las calles, gracias a la interdicción y supresión de diarios. Si el partido mayoritario parece haber resistido hasta ahora, es solamente por las promesas hechas a la clase obrera. Las masas, engañadas y desilusionadas, darán libre desahogo a su descontento.

Grupos enteros de Independientes pasan a nuestras filas. No estamos muy satisfechos de estas adhesiones en masa que conducen a nuestra filia a un cierto elemento que nuestra política deja mucho que desear. Como hemos dicho, el desarrollo político es sensible en los círculos obreros más avanzados. La gran masa atraviesa un período de reposo o mejor dicho de apatía. La crisis próxima moverá nuevamente a esta masa y la marea esta vez se arrojará en el alveo que abre la vanguardia mejor aguerriada. No es posible prever con seguridad cuándo acecerá la próxima crisis, es posible que sea provocada por las negociaciones de paz. Si el gobierno se niega a firmar el tratado de paz, en pocas semanas entraremos en crisis; si la paz es firmada, la crisis estallará solamente cuando las consecuencias de la paz firmada se hayan hecho sentir. Preferimos que las negociaciones fracases. En breve tiempo quedarán derrotadas las tropas de Noske y del nuevo militarismo, en el que vemos, todavía hoy, el enemigo más peligroso de la revolución mundial — más peligroso que el militarismo inglés y francés.

Hemos lanzado nuestra palabra de orden sin tener en cuenta nuestros deseos. De nuestro punto de vista, la aceptación o rechazo de las condiciones de paz, significan un nuevo atentado al proletariado, una tentativa de hacer pensar sobre el proletariado las consecuencias de la guerra. Para el proletariado existe un solo camino posible de liberación de la catástrofe presente: la Revolución mundial. Operando en este sentido y preparando en nuestro país un ambiente favorable a la revolución, trabajaremos por la paz, en el verdadero sentido proletario de la palabra. Por consiguiente, frente a los ofrecimientos de paz de la Entente hemos gritado: ¡Abajo Ebert, Schidemann y abajo la burguesía! Hemos asumido una actitud netamente diversa de los Independientes, quienes se declararon favorables a la firma del tratado, por razones de orden pacifista. Razonan de esta suerte: hemos luchado contra la guerra; debemos estar a favor de la paz. Además, siendo el gobierno contrario a la firma, los Independientes debían sustentar el parecer contrario.

De lo expuesto resulta que todavía no ha llegado el momento de desencadenar un movimiento. La firma no disipará la crisis; la retardará solamente; un rechazo la precipitará. Solamente cuando la crisis haya llegado a su apogeo, el proletariado podrá fundar, sobre la sólida base de

los Consejos, su dictadura. Todo movimiento iniciado antes haría el juego a la burguesía.

Estamos en estrecha comunión de idea con algunos compañeros que desarrollaron una acción importante en Rusia. Piensan que una repetición de los hechos de Munich sería peligrosísima para la República de los Soviets. Acontecimientos de tal género hacen perder la fe en el porvenir del sistema de los Consejos en la Europa occidental y dan fuerza a la contrarrevolución rusa. Estas desafortunadas tentativas son un peligro no solo para el movimiento revolucionario del país en cuestión, sino también para toda la Internacional.

RUSIA

TODO PARA LA LUCHA CONTRA DENIKIN

Carta del Comité Central del Partido Comunista Obrero (bolsheviki) a las organizaciones del Partido

¡Compañeros!

Ha llegado el momento más crítico de la revolución socialista. Los imperialistas aliados, que han fracasado en sus planes de conquista de la Ucrania por medio de sus ejércitos, como han fracasado en su sostenimiento de la aventura de Koltchak, Judenich y Rodzianko en Siberia y Petrogrado, hacen hoy esfuerzos desesperados para restablecer el poder del capital. Denikin juega la carta.

Todas las fuerzas de los obreros y de los campesinos deben tender a conjurar este nuevo peligro.

El problema esencial del momento

Toda la República de los Soviets debe transformarse en un campo atrincherado. Todos los comunistas, todos los campesinos y obreros honestos, todos los trabajadores socialistas deben consagrar sus energías a los problemas inmediatos de la guerra, aún en detrimento de sus trabajos ordinarios. Es necesario que el trabajo de las instituciones tengan por primer objetivo la guerra.

Las autoridades superiores deben limitarse exclusivamente a la discusión de las más importantes cuestiones de índole general, siendo el campo de las aplicaciones prácticas confiadas por cada institución, a un solo compañero, experimentado y enérgico, bajo su responsabilidad personal.

La adaptación del trabajo a las exigencias de la guerra debe hacerse no en relación a la transformación de las antiguas instituciones o a la creación de nuevas, sino exclusivamente en relación a la suspensión provisoria del trabajo en las instituciones que no son absolutamente indispensables a la guerra. Todo el trabajo útil a la guerra debe ser realizado completa y exclusivamente en atención a sus necesidades, extendiendo, consolidando y sosteniendo en caso indispensable las instituciones a ella consagrada.

La verdad sobre Koltchak y Denikin

La verdad sobre Koltchak y Denikin es ahora absolutamente evidente. Las ejecuciones sumarias de decenas de millares de obreros y campesinos, los fusilamientos hasta de mencheviki y social-revolucionarios, el látigo como pena para las mujeres, son hechos auténticos. El primer propósito de la propaganda debe consistir en dar a estos hechos la mayor difusión entre el pueblo.

Es necesario servirse de testimonios emanados de los no bolsheviki: mencheviki, social-revolucionarios, elementos sin color político que han vivido bajo el reino de Koltchak o de Denikin, a objeto de que todo obrero o campesino sepa bien lo que le espera, en caso de que la contrarrevolución triunfara.

La propaganda entre los movilizados

Una de las primeras preocupaciones debe consistir en el trabajo de propaganda entre los movilizados. Los comu-

nistas y simpatizantes deben ejercitar, sobre los soldados del ejército rojo un trabajo constante y metódico de propaganda política.

Es necesario buscar los medios de hacer participar, bajo una forma u otra, a toda la población (sobre todo la población intelectual) en el trabajo de propaganda ventajosa para la movilización y los movilizados.

Es necesario preocuparse sobre todo de dar, en el más breve tiempo posible, la mejor instrucción a los movilizados por medio de la organización, bajo el contralor del Partido, de todos aquellos que tienen conocimientos técnicos y prácticos del oficio de las armas.

La propaganda entre los desertores

Es necesario reforzar los esfuerzos para hacer propaganda en medio de los desertores, a objeto de persuadirlos a entrar en el ejército. Este debe ser nuestro objetivo principal. El método para lograr este objetivo debe consistir en un trabajo de propaganda bien comprendida y metódica a cargo de los compañeros inscritos en el Partido.

La obra de persuasión de los campesinos por los obreros ha dado excelentes resultados en ciertas provincias. No es necesario recurrir a los medios coercitivos, sino en casos excepcionales.

Socorros directos al ejército

Carece nuestro ejército de vestidos, botines, armas y equipajes. Aún cuando sea notable el empobrecimiento de Rusia, ella posee todavía, enormes recursos que es necesario seleccionar y utilizar inmediatamente.

Las instituciones encargadas del abastecimiento militar deben basar su trabajo sobre la iniciativa energética, heroica de los obreros y campesinos de las provincias.

Es necesario tener de utilizar todo recurso en hombres y cosas. En primer lugar, inducir a la población a facilitar las armas en su posesión. Es natural que después de cuatro años de guerra y dos revoluciones una gran cantidad de armas sea ocultada por la población, especialmente en la campaña. Es preciso, a toda costa, luchar sin vacilaciones contra esta situación normal, sobre todo en presencia de la ofensiva amenazante de Denikin.

La disminución del trabajo civil

A objeto de resolver todas estas dificultades es indispensable constituir cuadros de trabajadores devotos y energéticos, y para obtenerlos es necesario reducir y suspender momentáneamente, toda una serie de instituciones o empresas soviéticas, cuya misión no sea militar, absolutamente indispensable, en vista de que no interesa al ejército, sino indirectamente.

Si esta disminución de trabajo no militar es realizada rápidamente y de modo juicioso, tendremos a nuestra disposición centenares de ciudadanos aptos para desempeñar en las secciones políticas del ejército, las funciones de comisarios, etc.

El trabajo en el frente

A raíz de la ofensiva de las tropas soviéticas en el Ural, y por otra parte, a raíz de la ofensiva de Denikin y de Judenich al sud y al norte de Rusia, la zona de las operaciones militares se ha extendido considerablemente desde hace algunas semanas. El momento se anuncia como decisivo, y el fin de la guerra está próximo.

En la zona militar el trabajo adquiere una importancia mayor. Gracias al rápido avance del ejército rojo en la región del Ural, los trabajadores de los campos que se encuentran bajo las armas manifiestan el legítimo deseo de establecerse en las localidades reconquistadas para decidirse a realizar un trabajo de preparación. No hay nada más peligroso, puesto que nuestra ofensiva puede por este hecho retardarse.

Ningún trabajador debe, en ningún caso, ser retirado del

frente para efectuar trabajos locales. El objetivo esencial del trabajo en las regiones reconquistadas debe consistir en ganar la confianza, no sólo de los obreros, sino sobre todo de los campesinos por el poder soviético.

En la zona militar de Petrogrado y en la del frente sud, es necesario poner todo en pie de guerra, haciendo converger todo trabajo, todo esfuerzo y todo pensamiento hacia la guerra y nada más que hacia la guerra.

Los especialistas militares

La ofensiva de Denikin y la crisis alimenticia en el interior provocaron, como lo ha probado la insurrección de Krasnaya Gorka, múltiples complots contrarrevolucionarios y traiciones por parte de los especialistas militares. Sería un error irreparable plantear la cuestión del cambio de principios de nuestra política militar.

La experiencia de la guerra civil ha demostrado que nunca se ha dado un caso de traición por parte del comandante, allí donde la política del partido se observa rigurosamente entre los especialistas, allí donde la disciplina y el trabajo político entre los soldados se observa con precisión.

El mejor método de extirpar este peligro radica en intensificar el trabajo político en el ejército y entre los movilizados; aumentar las acciones de los comisarios en el ejército; de elevar su nivel y hacerles realizar lo que reclama el programa del Partido, o sea «la concentración en manos de la clase trabajadora del contralor en todas las formas, del personal técnico de los comandos».

La contrarrevolución interna

Como en el mes de Junio del año pasado, la contrarrevolución interna volvía a levantar cabeza.

Es necesario intensificar la vigilancia de la burguesía, de los intelectuales, de los «kouleks» de las aldeas. Es necesario redoblar la vigilancia porque los atentados contrarrevolucionarios son inevitables actualmente, y en un porvenir inmediato. Respecto a los mencheviks y a los social-revolucionarios de la derecha e izquierda, se necesita tentar las últimas experiencias. En medio de la masa de esos diferentes partidos que se dejaba arrastrar, se comulga incontestablemente un cambio de espíritu en favor del poder soviético. A medida que este cambio se acentúa, es necesario explotarlo en nuestro favor. Hasta hoy la democracia burguesa pelagra del lado de Denikin. A despecho de las declaraciones repetidas de los Comités Centrales de los partidos pequeños-burgueses acerca de la exclusión de los sedicentes elementos «activistas», estos continúan llenando una misión preponderante en aquellos partidos. Es indispensable dirigir una lucha energética contra los elementos de los partidos pequeños-burgueses.

El enrolamiento en masa

La República soviética es una fortaleza sitiada por el capital mundial. Nosotros no debemos acordar el derecho de asilo contra Koltchak y el derecho de domicilio, en general, sino a los que participan en la guerra. Tenemos el derecho y la obligación de movilizar la población entera para los trabajos de guerra. No es posible actualmente realizar la movilización en masa. Demandaría una organización ideal del organismo gubernativo, que no poseemos. No obstante es posible acercarse a tal organización y, en este sentido, es necesario hacer todo lo que da nuestro poder.

El trabajo revolucionario

Resumiendo lo expuesto, exigimos a todos los comunistas, a todos los obreros y campesinos conscientes, que realicen un trabajo revolucionario.

El proletariado ruso, esta vez, sabrá dar pruebas de la intrepidez que los acontecimientos requieren.

En los primeros días del mes de Febrero, aparecerá editado el libro De la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk

por LEON TROTZKY

SUMARIO

Prefacio. — Los intelectuales pequeño-burgueses en la revolución. — Los problemas de la guerra. — La campaña contra los bolshéviks. — La ofensiva del 18 de Junio. — Las jornadas de Julio. — Después de las jornadas de Julio. — La insurrección de Korniloff. — La lucha dentro de los Soviets. — La conferencia democrática. — Dificultades en el frente y en las retaguardias. — La inevitable lucha por el poder gubernativo. — La lucha por el Congreso de los Soviets. — El conflicto debido a la guarnición de Petrogrado. — El Soviet democrático y el Parlamento Preliminar. — Los social-revolucionarios y los mencheviks. — Salida del Parlamento Preliminar. — La voz del frente. — Los comisarios del Comité Militar Revolucionario. — La marcha. — La jornada del Soviet de la insurrección. — La jornada decisiva. — Los Soviets en las comarcas del pueblo. — Los primeros días del nuevo régimen. — La insurrección de las cadenas al final del 29 de Octubre. — La marcha del Kerensky hacia Petrogrado. — El fracaso de la aventura de Kerensky. — Preparativos del interior. — El destino de la Constituyente. — Principios de la democracia y dictadura del proletariado. — Las negociaciones de paz. — Discurso del comisario del pueblo para los «Negocios-Extranjeros». — La segunda guerra y la firma del tratado de paz. — Conclusión.

Es la Historia mejor documentada
del momento
más culminante de la Revolución Rusa.

EN NUMEROS SUCESIVOS SE PUBLICARAN ENTRE OTROS INTERESANTES TRABAJOS, LOS SIGUIENTES:

Jacques Sadoul. — Notas de la Revolución bolschevista.

Emile Chauvelon. — ¿Fue Bela Kun desechado por el Partido Socialista?

M. Gorki. — En el torrente de la Revolución

N. Lenin. — La Internacional de la juventud.

- Democracia y dictadura proletaria en Alemania.
- El porvenir del Soviet.

F. Loriot. — Una sola Internacional: la III.*

H. Barbusse. — La voluntad de los veteranos de la guerra.

John Reed. — Los comisarios de reparto en la Revolución Rusa.

La correspondencia y giros, dirigirla a nombre del administrador:

José N6, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

SUSCRIPCION

Semestre	\$ 2.00
Año	" 4.00

Pídalo en los kioscos y a los revendedores

Hágase suscriptor